9757

CÁRLOS COELLO Y PACHECO

ROQUE GUINART

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

CON UN PRÓLOGO DEL ILMO. SEÑOR

D. MANUEL CAÑETE

de la Academia española

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA Y NAVARRO
Calle del Rubio, núm. 28

ROQUE GUINART.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CÁRLOS COELLO Y PACHECO

ROQUE GUINART

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

MADRID
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25

Deseo, padres míos, que tenga algo bueno esta obra, y por eso va vuestro recuerdo en su primera página.

Cárlos.

609143

PRÓLOGO.

Al hablar de *Los ladrones* de Schiller, drama que aprecian con injusta severidad el eminente crítico Augusto Guillermo Schlegel y la Baronesa de Staël, estima ésta como defecto propio de los escritores muy jóvenes la demasiada brusquedad con que dibujan algunos rasgos, temerosos de que matices más delicados se atribuyan á timidez. Jóven, muy jóven es, por dicha suya y de la escena española, el autor de *Roque Guinart* y de *El Príncipe Hamlet*, y tanto en una como en otra de ambas producciones ha contradicho ya discretamente con vivos ejemplos la absoluta afirmacion de aquella insigne escritora.

Si los aplausos del público y el favorable

juicio de los doctos no hubiesen demostrado hasta qué punto y con qué supremo arte ha conseguido el jóven Coello adaptar á nuestra escena una de las más vastas y prodigiosas creaciones del gran trágico inglés, dándole sér y naturaleza propia en un teatro cuya índole difiere mucho esencialmente de la del drama shakspiriano, lo que acaba de hacer en *Roque Guinart* probaría su aptitud para esta difícil labor, y comprobaría lo dicho en el párrafo que antecede.

Detenerse á evidenciarlo por medio de un análisis minucioso, valdría tanto como hacer indebida ofensa á la ilustracion y perspicacia de los lectores. Concretándome, pues, al *Roque Guinart* (porque ha tiempo que las personas de buen gusto saborean con delicia los delicados matices de pasion y carácter que abundan en *El Príncipe Hamlet*), séame dado apuntar algunas breves consideraciones acerca del último poema dramático de D. Cárlos Coello.

A nádie oculta el inspirado poeta que en el drama impreso á continuacion de estas líneas hay varias imitaciones de Schiller, de Cervantes y de Alarcon, ni que ha tenido presente al escribir el primer cuadro del acto segundo la interesante *Relacion de la*

Cárcel de Sevilla, debida á la pluma del abogado Cristóbal de Chaves y publicada por el sabio académico D. Aureliano Fernandez Guerra en el primer tomo del notabilísimo *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*. Tan noble franqueza bastaría para desarmar á los aristarcos, alejando de Coello la fea nota de plagiario con que suelen abrumar á ciertos autores de mérito cuando no hallan otros más sólidos en que apoyar sus censuras. Pero como sea entre nosotros comun hacer hincapié en este particular, acriminando al que se inspira en obras ajenas para componer las suyas, no parecerá ocioso decir algo sobre un punto en que corren como válidas opiniones que carecen de razonable fundamento.

A juicio de los más sabios literatos y preceptistas de todas épocas, imitar, general ó parcialmente, las obras de los grandes maestros es empresa tan difícil, tan fecunda, como fácil y estéril copiarlas con servilismo. En el siglo III de la Era Cristiana decía ya un filósofo de tan depurado gusto como Longino, que las grandes bellezas que notamos en las obras de los antiguos son como fuentes sagradas de donde se levantan vapores benéficos que se esparcen en el alma de sus imita-

dores, de tal modo, que se sienten al punto henchidos del entusiasmo que proviene de otro. Y áun sin ir tan léjos, sin apelar á autoridades clásicas, sin salir de este siglo ni buscar testimonios que la arrogancia moderna pudiera creer trasnochados, oiremos de boca de Gœthe, poeta, filósofo y crítico á quien hoy se admira generalmente y del que hablan muchos con entusiasmo (conociendo ó sin conocer sus obras), que en este mundo todo ha sido ya pensado é importa volver á pensarlo de nuevo. No es, pues, delito de lesa literatura ni de lesa poesía imitar las creaciones artísticas de los que pasan con razon por excelentes modelos. Así lo han hecho siempre en lo dramático, en lo épico, en lo lírico esclarecidos ingenios. Escritores tan fecundos como Lope de Vega, poetas tan admirables como Calderon, trágicos tan profundamente humanos como Shakspeare han apelado una y muchas veces á ese loable procedimiento, con no escaso fruto de la literatura universal. Hay más aún; estas mismas lumbreras de la escena, que han llenado el mundo de su fama y viven en la admiracion de las gentes, no han vacilado en recurrir á obras de sus contemporáneos para hacerlas propias, ni en

buscar el asunto de sus poemas en producciones de otros autores, á veces de muy mediana valía. Citaré algunos ejemplos:

En 1566, cuando *el monstruo de la naturaleza* contaba únicamente cuatro años de edad, empieza á escribir el Tasso su *Gerusalemme liberata*, difundida ya por toda Europa veinte años despues; y en la primera década del siglo siguiente escribe y publica Lope de Vega su *Jerusalem conquistada*, inferior á la del épico italiano, aunque fruto de una imaginacion tan fértil y maravillosa.

En *La devocion de la Cruz* y *El mágico prodigioso*, esto es, en dos de sus mejores poemas, imita Calderon y hace suyos situaciones y pasajes muy importantes de *El esclavo del demonio* y *El ermitaño galan* de su contemporáneo Mira de Améscua, sin que á nadie se le haya ocurrido tacharle de plagiario por tan felices y oportunas imitaciones.

Refunde y copia Moreto *El infanzon de Illescas* del trinitario Gabriel Tellez en su *Rey valiente y justiciero*, y consigue que este drama prevalezca sobre el de Tirso, á pesar de haberlo despojado en parte de la poética grandeza que lo realza.

Shakspeare, el independiente Shakspeare, de tan pujante individualidad dramática, toma de novelas italianas el asunto de sus más bellas tragedias *(Otelo, Julieta y Romeo, El mercader de Venecia)*, ó se hace dueño de argumentos tratados en la escena por sus mismos coetáneos, como sucede con el *King Lear*.

¿Ni qué otra cosa son sino imitaciones de los clásicos griegos y latinos, ó de nuestro antiguo teatro, la mayor parte de las obras que ilustran el de Francia en su mejor época, enaltecida por hombres como Corneille, Racine y Moliére?

Virgilio imita á Homero; Camóes imita á Virgilio; el Tasso imita á Camóes, y sin embargo, todos ellos son grandes poetas, y *La Eneida*, *Los Lusiadas* y *La Jerusalem* encanto y delicia de las personas de gusto.

No está, pues, la falta en imitar, sino en la manera de imitar; y para conocer con exactitud de qué modo lo ha hecho un autor en obra tan difícil y compleja como lo es de suyo el poema dramático, se necesita algo más que presenciar unas cuantas representaciones; es necesario leer y estudiar con aprovechamiento el que se trata de aquilatar.

Quien conozca *Los ladrones* de Schiller y lea el *Roque Guinart* de Coello, tardará poco en persuadirse de que el fundamento de la accion es en el drama de éste hijo legítimo de la que anima la obra del gran poeta germánico. Esfuérzase, no obstante, Coello por dar vida y carácter propios á su imitacion, alejándose deliberadamente lo más posible del original que imita, é infundiendo á su fábula, en traza y forma, la rapidez, claridad y galanura que distinguen al drama genuinamente español. De que lo es *Roque Guinart* en el fondo y en el colorido no cabe la menor duda. Tal vez por el afan de seguir apasionadamente la tradicion de nuestros insignes dramáticos del siglo XVII en cuanto no se opone á las exigencias del arte moderno, ha desaprovechado Coello rasgos y situaciones del drama aleman que hubieran podido esmaltar el suyo y hacerlo todavía más interesante y expresivo. Hábil para resumir y condensar escenas que en Schiller tienen un desarrollo ménos apropiado al teatro que á la novela, nuestro poeta incurre alguna vez en el abuso de esa cualidad, negada á talentos vulgares.

Habíasele inculpado cuando se representó *La mujer propia* (poema original é histó-

rico salpicado de grandes bellezas) de deleitarse por demas en la pintura de los caracteres y afectos de sus personajes; y excesivamente dócil á las insinuaciones de la crítica, temeroso de caer en igual extremo y de fatigar la escasa paciencia y no muy segura atencion del público que suele asistir á nuestros teatros, ha traspasado ahora el justo límite de la concision, contentándose con apuntar situaciones de que habría podido sacar mayor partido. Lo cual no quiere decir que haya descuidado lo que se debe á la verdad poética, ni que los interlocutores de *Roque Guinart* carezcan de la individualidad y consecuencia indispensables.

Tambien se ha mostrado esta vez Coello más sobrio de arrebatos líricos que en sus anteriores dramas, despojándose así voluntariamente de un recurso perjudicial casi siempre á la verdad dramática y á las condiciones especiales del arte escénica, pero muy del agrado de nuestro público y muy eficaz entre nosotros para conseguir aplausos.

Sentadas tales premisas, y no debiendo tener esta especie de advertencia preliminar los aires de juicio crítico, excuso detenerme

á exponer cómo se anuda y desenlaza el drama á que se refiere. Puntualizar la marcha y desarrollo del argumento sería defraudar al lector por anticipado del placer que ha de experimentar en su lectura. Sin embargo, como he dicho terminantemente que *Roque Guinart* es obra muy española en el fondo y en el colorido, cúmpleme añadir algo que lo compruebe.

El título mismo del poema, el nombre que adopta el protagonista cuando el arrebato de la desesperacion le lleva á trocar al caballero en bandido, es ya signo evidente de la exactitud de mi observacion. Al dar carta de naturaleza en España al Conde de Moor y á sus dos hijos, hubiera podido Coello hacerlos vivir en Andalucía ó en Castilla, en Extremadura ó en Astúrias: trasplantándolos á Cataluña, infundiéndoles la enérgica virilidad de la raza catalana, tan de acuerdo con sus rudas y vigorosas pasiones, ha conseguido darles mayor verosimilitud y enlazarlos con el recuerdo de la obra más original y más grande que ha producido el ingenio español. Ni ha sido menor el acierto de nuestro poeta para escoger la época en que figura la accion; época durante la cual ardía Cataluña en disturbios que

alentaban las demasías del espíritu aventurero, contribuyendo á que camparan por su respeto, usurpando sus fueros á la justicia y tiranizando la tierra, advenedizos ó malhechores como el D. Juan de Serrallonga de la comedia de Rojas.

D. Jaime de Moncada, aunque provenga en cierto modo del Cárlos Moor del drama de Schiller, es un personaje eminentemente español, no ya desalmado y robador de honras como el famoso Hugueto de Biguis, bandolero, tambien catalan, del siglo XIII; sino á la manera del D. Fernando Ramirez de *El tejedor de Segovia*, obra de Ruiz de Alarcon que recordó el autor aleman, ó con la cual coincidió en parte, al escribir *Los ladrones* en que se ha inspirado Coello.

Hasta el detalle de presentar al principio del tercer acto á D. Quijote de la Mancha y á su malicioso escudero es un matiz que abrillanta el color local de la fábula, trayendo á la memoria del espectador el héroe de la portentosa novela que ha hecho más célebre el nombre de *Roque Guinart*. En este punto la discrecion y parsimonia del jóven dramático me parecen tanto más recomendables, cuanto ha tenido la feliz ocurrencia de hacer que D. Quijote y Sancho se limiten á cruzar

mudamente por el escenario, evitando el escollo en que han tropezado cuantos los han sacado á las tablas queriendo atrevidamente imitar lo que es inimitable de suyo. Con razon había dicho Cervantes:

«... Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldan á prueba.»

En *Roque Guinart* se desarrolla la accion por medio de cuadros muy variados, pero con gran enlace entre sí, donde las costumbres de la época están retratadas con verdad y sabor castizo. La misma diversidad que los avalora presta amenidad al conjunto, como sucede con el admirable *D. Álvaro* del Duque de Rivas, contribuyendo á poner en relieve, sin exagerar ni extremar el de los caracteres, la moralidad del drama.

No se propone Coello hacer de él un silogismo para demostrar ó probar una tésis; propónese, á fuer de verdadero artista, interesar y conmover, que son los principales fines de la dramática, bien que ninguna obra de arte que aspire á realizar belleza duradera y fecunda deba prescindir de la moral. La segunda mitad del primer acto; el efecto que causa en D. Jaime la carta que recibe en la prision; el tercer cuadro del acto segundo, tan concen-

trado, tan poético, tan lleno de vigor trágico; la situacion espiritual del héroe en las primeras escenas del acto final, y la apasionadísima con Eulalia, casi al concluir la obra, son testimonio elocuente de que sabe Coello herir las fibras del corazon y conseguir el objeto que se propone. Imaginado y llevado á término el desenlace con rapidez y naturalidad, dados los antecedentes, queda visible el pensamiento moral que la accion entraña. Tal es, que Don Jaime de Moncada, precipitado al mal por las arterías del bastardo codicioso de recoger su herencia, tratado con injusto rigor por la justicia humana, rompe los lazos sociales y se pone en frente del poder constituido; pero como no son ángeles, ni mucho ménos, los que le ayudan en la empresa; como no es dado á nadie, por nobles que sean sus impulsos, erigirse arbitrariamente en juez de la sociedad que le maltrata, ni disponer á su albedrío de la suerte de los demas, llega á recibir el castigo de tal obcecacion y tamañas culpas, viéndose herido en sus afectos más íntimos cuando los bandidos que capitanea traen á su presencia entre burlas soeces á la mujer que adora, y atado codo con codo al padre que le dió el sér.

Como no es Coello de los escritores frívolos é interesables que sólo buscan en las letras un medio de distraccion ó de lucro, podrá equivocarse y se equivocará en ocasiones; mas siempre se descubrirá en sus obras la intencion, el propósito, el íntimo sentido artístico propio de una inspiracion levantada, no sólo en el fondo, sino en los episodios y detalles.

Díganlo en *Roque Guinart* las escenas VI, VII y VIII del tercer acto, cuando el bandolero

»que no es ladron, y se llama
el verdugo de los jueces»

(segun las palabras que le atribuyen sus mismos camaradas) da audiencia y falla el pleito de los *dos labradores*, de *un hombre y una mujer*, y de *un fabricante y un tejedor*.

El que había exclamado al incendiar la cárcel de Barcelona y romper sus prisiones:

«¡Ley hasta hoy vilipendiada,
desde hoy tu reinado empieza,
tu espíritu en mi cabeza
y tu sostén en mi espada!;»

aquel cuya fama de justiciero, áun siendo jefe de bandidos, hacía que le aclamase Cataluña

el sosten de la justicia

(invencion muy española, con precedentes análogos en nuestro teatro antiguo), muestra en el tribunal improvisado en la espesura de la selva haberse hecho digno de tal renombre. Los fallos que pronuncia dan razon de lo que siente y piensa, completando y abrillantando la pintura de su sér moral. Esos fallos, de provechoso ejemplo en todas épocas, lo son mucho más en la presente, tan espléndida en discordias y liviandades, tan empeñada en romper los lazos de caridad y sumision que deben unir al rico y al pobre, tan obstinada en convertir á la sociedad en una especie de antesala del infierno.

De las bellezas de estilo no quiero hablar, porque harto han de apreciarlas debidamente los que sean capaces de ello. Baste añadir que el autor sabe acomodarse á la condicion particular de los diversos interlocutores; que hace hablar á cada uno el lenguaje que le conviene, ora se trate de humilde gente campesina, ora de pícaros y maleantes, ora de caballeros y damas de elevada alcurnia.

En resolucion, la crítica imparcial y desprevenida no podrá ménos de ver en la obra del Sr. Coello (á vueltas de los defec-

tos que en ella encuentre) caracteres bien delineados y sostenidos; lucha de afectos; animados contrastes; peripecias oportunas; exactitud en la pintura de costumbres; versificacion correcta y vigorosa; sentencias y rasgos expresados concisa y epigramáticamente. No es, pues, *Roque Guinart* de los dramas que sólo viven un dia. Ha hecho bien el autor en honrarlo dedicándolo á su bondadosa madre y á su ilustre padre. La ofrenda no es indigna de un buen hijo.

MANUEL CAÑETE.

Madrid 8 de Diciembre de 1874.

INTERLOCUTORES.

Eulalia.
Don Jaime de Moncada.
Ramon.
El conde de Vilasar.
Cap-de-ferro.
Garcerán.
El alcaide de la cárcel de Barcelona.
Un escribano.
El Vermell.
Polarte.
El Noy.
El Miñon.
Santoyo.
La Leona.
La Desollada.
Un capitan.
Don Quijote de la Mancha.
Sancho Panza.
Labrador 1.°
Labrador 2.°
Un hombre.
Una mujer.
Un fabricante.
Un tejedor.

Presos, soldados, alguaciles, bastoneros, bandidos y criados.

La escena se supone en Vilasar, y en Barcelona y sus inmediaciones: reinado de Felipe III.

ROQUE GUINART.

ACTO PRIMERO.

Jardin del castillo de Vilasar, cuya entrada estará á la izquierda.—A la derecha un cenador cubierto de enredaderas y ramaje, y que debe ser practicable.—Un banco de piedra en el centro.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

CAP-DE-FERRO *en traje de labrador, y* GARCERÁN.—*Aquél oye impasible todo lo que éste le dice esperanzado de arrancarle alguna respuesta.*

GARCERÁN.

Vos venís de Barcelona:
traeis ese camino... Conque
vais á sacarnos de dudas...
¡Por fuerza! (Nada; es un poste,
aunque así, á primera vista,
parezca un hombre este hombre.)
¿Y qué dice el buen Don Jaime?
¿Llega mañana? (No oye.)
El contrato está corriente,

prevenido el sacerdote,
y la novia deseando
recibir las bendiciones...
¡Y Don Jaime á todo esto
sin decir oste ni moste!
¡Qué cabeza de chorlito!
¡Por vida de los demontres!...
Siento un afan de abrazarle...
(¡y de hundirte á mojicones!)
Claro está: le ví nacer
—ya ha llovido desde entónces—
y mi esposa lo crió
tan reguapo, tan frescote!...
¡Cómo trepaba el diablejo
por álamos y alcornoques
comprando á menudo un nido
con cuatro ó cinco chichones!
Pues, ¿y el dia que montó
la borrica del tio Onofre?
Se descalabró, y por poco,
por poco muere del golpe.
Gracias á que yo acudí...
Le temblaba hasta el bigote
á su padre cuando supo...
Y eso que el viejo es un roble...
Yá no: los años convierten
en corderos los leones.
Aun hay fibra... Pero cá!...
—En fin, justo es que repose
el viajero... (Yo haré que hables.)
(Echándole la mano por el hombro y llevándole hácia la izquierda.)

Ahí tengo un vinillo aloque...

CAP-DE-FERRO.

(Sonriendo y echando á andar resueltamente.)

¡Gracias á Dios que habeis dicho
algo de sustancia!—¿Dónde?

ESCENA II.

DICHOS *y* RAMON, *que sale por la izquierda.*

RAMON.

Garcerán, véte de aquí:
mi padre te llama.

GARCERÁN.

¿A mí?—
¿Nos veremos? (A Cap-de-Ferro.)

CAP-DE-FERRO.

Beberemos. (Garcerán entra por la izquierda.)

ESCENA III.

RAMON *y* CAP-DE-FERRO.

RAMON.

Vaya, explícate.

CAP-DE-FERRO.

¿Podemos
comenzar al cabo?

RAMON.

Sí.
Sin embargo, ojo avizor,
tengamos la fiesta en paz.

CAP-DE-FERRO.

Ya es ridículo el temor.

¿Quién me conoce, señor,
con semejante disfraz?
El conde está medio ciego;
no me vió jamás; yo llego
á hacerme extraño á mí mismo,
y tal como estoy me niego
hasta á mi fe de bautismo

RAMON.

¡Qué inaguantable te pones!
Habla, y mide tus razones
por lo que á ambos nos importa;
pero, por Dios vivo! acorta
tus eternas digresiones.

CAP-DE-FERRO.

Digo, pues, que fiel al nuevo
plan que me dísteis y llevo
en la punta de la uña,
me convertí en el mancebo
más galan de Cataluña.
El garbo de mi persona,
y la plata, cuyo brío
al cobarde envalentona,
hicieron mi señorío
de la noble Barcelona.
Encontré fácil entrada
en una Universidad
siempre poco ponderada,
y trabé estrecha amistad
con Don Jaime de Moncada.
No era el mejor estudiante
de los que cursan Derecho;

pero sí un mozo arrogante,
un hombre de pelo en pecho,
un caballero!...

RAMON.

Adelante.

CAP-DE-FERRO.

En quien ni el cansancio doma
la impaciente juventud,
y en quien el vicio (no es broma)
parece que cambia y toma
hasta visos de virtud.
El corazon en la mano,
tan altivo como...

RAMON.

Al grano.

CAP-DE-FERRO.

Tan...

RAMON.

Basta.

CAP-DE-FERRO.

Sí, soy un bestia:
ofendo vuestra modestia
alabando á vuestro hermano.
—Punto y aparte.—Decia
que me hice pronto su amigo,
y no hubo zambra ni orgía
sin nosotros, desde el dia
en que se reunió conmigo.
Jugóse medio condado,
y se bebió un patrimonio...
En último resultado:

Don Jaime fué el condenado,
y Cap-de-ferro el demonio.
Anoche, reunida toda
nuestra bulliciosa grey
—la mayor parte beoda,—
vínose á hablar de la boda
del sobrino del virey.
—«¿Quién es la novia?»—«Luscinda.»
—«No se merece el galopo
mujer tan moza y tan linda.»
—«La fortuna nos la brinda.»
Y dijo don Jaime:—«¡Copo!»
«Cien ducados (gritó uno)
á que el tenorio se acuesta
apaleado y ayuno.»
—Refuerzo muy oportuno:
Don Jaime aceptó la apuesta.
Al oro la frente agacha
el portero más sin tacha;
no quedamos con oprobio:
él se llevó la muchacha,
yo la pecunia del novio.
Éste rompe sus cordeles,
allega quien le socorra,
y con diez amigos fieles
viene á buscarnos camorra
en nuestros propios cuarteles.
Horroroso fué el encuentro:
yo, aunque de poco me apoque,
huí:—no estaba allí en mi centro.—
Moncada envainó el estoque

á su contrincante dentro
del pecho; acudió al ruido
la justicia; el pobre herido
prestó su declaracion...
y Don Jaime fué metido
en la cárcel por ladron!

RAMON.

(Sacando una carta de la escarcela y otra del pecho y mostrándoselas á Cap-de-ferro.)

Desde allí manda esta carta
á mi padre... Tiene harta
terneza un tanto imprudente.
Yo he escrito otra que se aparta
ménos de lo conveniente.

CAP-DE-FERRO.

A ver. (Tomándolas y cotejándolas.) La letra es igual
á la del original
de mi desdichado adepto.

RAMON.

Sólo he cambiado el concepto,
conceptuándolo esencial.

CAP-DE-FERRO.

(Despues de haber leido con muestras de p'acer y devolviendo las cartas á Ramon, que vuelve á guardarlas en sus sitios correspondientes)

Bien!... ¿Y Eulalia? ¿Sigue dura
con vos y fiel á su primo?

RAMON.

Si este lance no la cura,
me pierdo.

CAP-DE-FERRO.

Por él yo estimo

vuestra victoria segura.
¿La habeis hablado?

RAMON.

Una vez
sola. Me escuchó con ira,
me excusé con timidez...

CAP-DE-FERRO.

Y desde entónces...

RAMON.

Me mira
con severa rigidez.

CAP-DE-FERRO.

El conde. (Se apartan á un lado.)

ESCENA IV.

DICHOS *y el* CONDE, *que sale por la izquierda, apoyado en el brazo de* GARCERÁN.

CONDE.

Sí, sí, al jardin.
Necesito espacio, y aire,
y luz... Encerrado ahí dentro
iba á consumirme, á ahogarme
la impaciencia.—¡Hoy voy á verte,
hijo de mi vida!

RAMON.

(Adelantándose.) Padre...

CONDE.

¿No han dicho padre?

GARCERÁN.

Es Ramon.

RAMON.

Señor...

CONDE.

(Apartándole sin dureza, pero visiblemente contrariado.)

Pensé que eras Jaime.
—Y vos ¿quién sois? (A Cap-de-ferro.)

RAMON.

Un labriego
que ha llegado en este instante
de Barcelona, con carta
de mi hermano; en ella os hace
la explicacion del forzoso
retraso de su vïaje.

CONDE.

(Inquieto.) Forzoso?... Pero... ¿El motivo...

CAP-DE-FERRO

Él lo declara.

CONDE.

(A Garcerán, por Cap-de-ferro.) Que pase
á descansar ese hombre.

RAMON.

(Aparte y rápidamente á Cap-de-ferro.)

(Búscame aquí luego.)

(Vanse por la izquierda Cap-de-ferro y Garcerán.)

ESCENA V.

EL CONDE *y* RAMON.

CONDE.

Dame,
dame la carta; salgamos
de dudas.

RAMON.

Voy; pero ántes
decidme: ¿cómo os hallais,
padre mio?

CONDE.

¿Yo?...

RAMON.

La sangre
se os ha agolpado de pronto
á la cabeza, y os arden
las manos... (Cogiéndoselas.)

CONDE.

¡Dámela!

RAMON.

El pulso
está febril.

CONDE.

¿Te complaces
en mi agonía?

RAMON.

Dejémoslo
para mañana.

CONDE.

¡Tú sabes
algo! Sin duda.

RAMON.

¡Valor!

CONDE.

¿Valor!... El cielo se apiade
de nosotros! ¿Está enfermo?...
¿Callas?... ¿En riesgo muy grave

su vida... ¿Ha muerto? ¡Responde!

RAMON.

¡Pluguiera á Dios!

CONDE.

(Agarrándole de un brazo y sacudiéndole.) ¡Eh! ¿Qué osaste decir?

RAMON.

Vive.

CONDE.

(Respirando libremente y soltándole.) Vive... ¡y eso, sólo eso es lo que te vale!

RAMON.

Muerto, no fuera tal vez
afrenta de su linaje;
muerto, no os escribiria
así. (Dándole la carta de la escarcela.)

CONDE.

(Abriéndola y leyendo con dificultad.)

«Dos de Agosto y... ¡Cárcel
de Barcelona!... He perdido
al juego considerables
sumas; enviadme al punto
mil doblones.»

RAMON.

¡Con qué suave
tono los pide!

CONDE.

«En un duelo
herí á Don Félix de Andrade...»
—¡El sobrino del virey!

RAMON.

Quiso vengar el ultraje
hecho á su esposa... robada
por mi hermano...

(Aparentando hablar con dificultad, y marcando siempre lo que más puede acusar á Don Jaime.)

CONDE.

Miserable!

RAMON.

Con cuantas joyas y escudos...

CONDE.

Calla, calla! «Supo el lance
la justicia, y estoy preso...»
¡Por l...

(Deteniéndose horrorizado al ir á pronunciar la palabra «ladron.»)

«Procurad que me saquen
de aquí en seguida, ó temed
que la paciencia me falte
y lo eche todo á rodar...»
—¿Y qué hacer?

RAMON.

Si mi dictámen
valiese...

CONDE.

Yo te lo pido.

RAMON.

Permitidme que os lo calle,
áun haciéndome violencia.
Hijos de distinta madre
somos, pero siempre hermanos;
¿quereis que el bastardo hable

en contra de quien un dia
(por desgracia, no distante)
debe heredar vuestro nombre?

CONDE.

Pronto, pronto va á heredarle.
Dijérase que la prisa
de hacerlo es el acicate
de sus vicios... ¡Y esto llega
cuando, próximo su enlace
con Eulalia, confiábamos
en que el ejemplo del ángel
y el amor de la mujer
pudieran cambiar á Jaime!

RAMON.

¿Quién soñára que aquel niño
hermoso, ingenuo y afable,
cuya alma se dirigia
naturalmente á lo grande
y á lo bueno, iba á amargaros
así la existencia?

CONDE.

Nadie,
es cierto. La libertad,
el ocio, las amistades
peligrosas, y la vida
sin órden del estudiante,
le han conducido á ese extremo.

RAMON.

Y vuestro débil carácter,
vuestro cariño insensato.
Sin reflexion que le pare,

sin gasto que le amedrente.
sin respeto que le ate,
¿cómo quereis que en cordura
al viejo el niño aventaje?
Sacais de su lecho al rio
que iba á hacer fecundo el valle;
veis que lo anega y lo arrasa,
y ante la horrible catástrofe
¡esperais que por su propio
gusto se enfrene y se encauce!—
Jaime siempre será el mismo:
hoy un rigor saludable
le tiene humillado; hoy
tambien verá que le abre
su encierro vuestra influencia,
para que al verse más tarde
dueño de mayor poder,
de mayor fortuna, ó manche
mil veces vuestra memoria
ó llore vuestras bondades.

CONDE.

Pero, á tu juicio... ¿no hay nada
que ya á corregirle alcance?

RAMON.

Bien pensado... Su cabeza
siempre para el mal fué frágil;
pero el corazon es bueno.

CONDE.

¡Tú le conoces!

RAMON.

Tratadle

con rigor: dejad que al verse
mezclado entre criminales,
el horror mismo del vicio
de sus lazos le separe.
No le deis vuestro perdon:
aguardad á que él lo gane.

CONDE.

Acepto el consejo, y voy
á escribirle.

RAMON.

Abandonadme
ese cuidado. El enojo
os arrastrará á tratarle
con dureza, y ni conviene
que el desaliento le acabe,
ni ahora en vos sentára bien
la blandura.

CONDE.

Dios te pague
la dicha que tus palabras
dan á quien pudo juzgarte
ayer de Jaime envidioso!

(Abrazándole y entrando en el castillo.)

RAMON.

Hoy le compadezco, padre.

ESCENA VI.

RAMON, *cambiando repentinamente de expresion y con mucha energía.*

¿No le he de compadecer,
hoy que al fin me voy á ver
dueño de él y de mí mismo?
¡Qué diferencia! ¡Qué abismo
entre el hoy y entre el ayer!
Tu antojo lo quiso así,
y en una sierva me diste
el sér que no te pedí,
y la vida amarga y triste
que no supe echar de mí!
Otra mujer mereció
más que la que á mí extendió
su afrenta y sus amarguras;
otro hombre las mil venturas
que ya acariciaba yo!
La honra, que hasta el vicio abona;
el oro, raudal fecundo
de cuanto el alma ambiciona...
¡y el amor de la persona
que no aborrezco en el mundo!
Antigua es nuestra querella,
padre, tirano enemigo
que un odio justo atropella;
grande es tu culpa... y por ella
te he de medir el castigo.
Sal de mi seno, papel
donde la sinceridad

de mi hermano brilla fiel...
¡No hagas contagioso en él
el grito de la verdad! (Saca la carta del pecho y lee.)
«Señor, aunque no presuma
»merecerlo, y me avergüence
»sólo de coger la pluma,
»yo sé que os toca y os vence
»el sonrojo que me abruma.
»Una loca ceguedad
»en este sitio me puso;
»una necia vanidad,
»de que yo propio me acuso
»sin descanso y sin piedad.
»Mas tan rudo golpe ha abierto
»mis ojos, y he renegado
»de mi postrer desacierto:
»yo soy delincuente, es cierto,
»pero no soy un malvado.
»Y esta atmósfera envenena
»el alma: si justo es,
»doblad, triplicad mi pena...
»pero amarrad mi cadena
»al lado de vuestros piés.
»Dejad que ante ellos humille
»la frente, y que me arrodille
»pidiendo á voces perdon;
»que vuestra nobleza brille
»sobre mi negro baldon.
»Hacedlo por la mujer
»bendita que me dió el sér;
»por la esposa que no quiero

»lograr nunca, si primero
»no la llego á merecer.»
Con semejantes razones,
pobre Jaime, pretendias
poder limar tus prisiones!...
—Yo hago con sus ilusiones
lo que él hizo con las mias.

(Con frialdad, rompiendo la carta en pedazos y esparciéndolos por el aire.)

ESCENA VII.

RAMON *y* CAP-DE-FERRO, *por la izquierda.*

CAP-DE-FERRO.

Señor...

RAMON.

Fíjate en lo que hablo,
que la lucha que hoy entablo
exige juicio y aplomo.
¿Estamos unidos?

CAP-DE-FERRO.

Como
las mujeres con el diablo.

RAMON.

Cap-de-ferro, no hay mortal,
grande ó chico, que por mal
ó por bien, por ciencia ó yerro,
no tenga su ambicion: ¿cuál
es tu ambicion, Cap-de-ferro?

CAP-DE-FERRO.

Una.

RAMON.

Dala por cumplida.

CAP-DE-FERRO.

¡El comercio! (Ramon hace un gesto de extrañeza.)
Que él aumente
mi hacienda casi perdida,
y vivir honradamente
lo que me quede de vida.

RAMON.

El tráfico será en vino.

CAP-DE-FERRO.

Reuniré con mucho tino
un golpe de gente hidalga
y resuelta... y á un camino,
á vivir con lo que salga.

RAMON.

¡Ya!

CAP-DE-FERRO.

Me entusiasmo y me arrobo,
y me pongo como un bobo
viéndome al frente de un tercio
que envidie el Rey!... No hay comercio
más lucrativo que el robo.

RAMON.

Díganlo mil, dedicados
á aumentar así la hacienda
de Felipe en los Estados.
—¿Cuánto quieres?

CAP-DE-FERRO.

Mil ducados,
sólo para abrir la tienda.

—Recoger, vestir y armar
con decoro mi cuadrilla.

RAMON.

Vé á Barcelona.

CAP-DE-FERRO.

¿A qué?

RAMON.

A entrar
en la cárcel.

CAP-DE-FERRO.

Singular
condicion... pero sencilla.

RAMON.

Allí el más doctrino topa
lo que tú buscas.

CAP-DE-FERRO.

Es llano;
allí hay lo mejor de Europa.

RAMON.

Procura, al reunir tu tropa,
llevar contigo á mi hermano.

CAP-DE-FERRO.

¿A Don Jaime de Moncada!

RAMON.

¿Dudas?

CAP-DE-FERRO.

¿Al futuro conde
de Vilasar!...

RAMON.

¡Pché!—Degrada
su alma hasta ese punto: nada

del porvenir nos responde.
Deja que en el fango ruede:
acaso le desherede
su padre, y sienta desvío
Eulalia por él... y mio
amor y condado quede.

CAP-DE-FERRO.

Bien... Y yo en eso ¿qué gano?

RAMON.

Cuando yo aquí de mi hermano
el puesto ocupe...

CAP-DE-FERRO.

¿Estais loco?
¡Señor! Yo, cuando no toco,
ni me acuerdo de la mano.

RAMON.

¿Ignoras mi situacion
presente? Te lo aseguro,
ya no me queda un doblon.

CAP-DE-FERRO.

¿Ni uno?...

RAMON.

¿Te ries?

CAP-DE-FERRO.

Os juro
que os oigo con emocion...
—Pero vuestra accion no es buena.

RAMON.

¿Te burlas de mí, bergante?

CAP-DE-FERRO.

Y *gratis* me da más pena;

la rechaza, la condena
mi honradez de comerciante.

RAMON.

¿Te niegas?...

CAP-DE-FERRO.

Pues ¿quién lo duda?

RAMON.

¡Véte!

CAP-DE-FERRO.

(Despidiéndose y con sorna.)

Hasta que algun amigo
de nuevo á buscarme acuda.

RAMON.

Aguárdame ahí dentro. (Viendo salir á Eulalia.)

CAP-DE-FERRO.

¡Digo!

RAMON.

Ya ni el infierno me ayuda!

(Entra Cap-de-ferro en el cenador.)

ESCENA VIII.

RAMON *y* EULALIA, *lujosamente prendida.*

EULALIA.

Ramon...

RAMON.

(Ella es). Prima mia...

EULALIA.

¿Tú aquí?... Celebro encontrarte...

RAMON.

¿De véras? ¿Quién lo diria,
Eulalia!

EULALIA.

Tomando parte
en nuestra justa alegría.
Cariñoso con tu hermano,
de tu vencimiento ufano,
de tu lealtad engreido;
hijo digno del anciano
que de padre me ha servido.
—Porque desde aquí podremos
verle ántes... y estos extremos
del cariño son su encanto.
En los momentos supremos
valen los minutos tanto!

RAMON.

¡Hermosa estás!

EULALIA.

(Violentándose y fingiendo complacencia.)

Te aseguro
que el requiebro me regala
el oido.

RAMON.

Eso procuro.

EULALIA.

El alma sí que te juro
que se ha vestido de gala.

RAMON.

La que arrancó rigorosa
mi esperanza de raíz,
hoy conmigo cariñosa!

EULALIA.

¿Y puedo hacer otra cosa?...

Si vieras... ¡Soy tan feliz!

RAMON.

Es cierto: le vas á ver...
Así lo espera tu amor.

EULALIA.

Y mira... el alma que ayer
podia con el dolor,
hoy no resiste el placer.

RAMON.

Venturoso quien tal gloria
logró, aunque sólo á la suerte
deba la dulce victoria!

EULALIA.

Vamos!... ¿Me harás reprenderte
por tu falta de memoria?
¿Qué se hizo de tu promesa?

RAMON.

¿Cuál?

EULALIA.

No volverme á hablar de esa
cuestion. ¿La cumples así?

RAMON.

¿Y juzgas fácil empresa
la de olvidarse de tí?

EULALIA.

Basta.—Dentro de un instante
vendrá Jaime: piensa ya
en que es tu hermano y mi amante.

RAMON.

¿Sólo en eso?

EULALIA.

Eso es bastante.

RAMON.

Pues es poco: no vendrá!

EULALIA.

¿Qué dices?

RAMON.

La verdad.

EULALIA.

¿Quién
es tu fiador?

RAMON.

Voto á cien!
¿Qué hay que á engañarte me obligue?

EULALIA.

¡Y su voz el alma sigue
cual si le mostrára el bien!

RAMON.

Es tan aleve su accion,
prima, que ni el corazon
de un padre, al perdon propicio,
descubre en ella resquicio
por donde quepa el perdon.

EULALIA.

¿Tambien su padre al villano
rencor que arde en tí le inmola!
¡Jaime no pierde, y yo gano!
¿No basto á amarle yo sola
por su padre y por su hermano?

RAMON.

¡Mujer sensible y entera!

¡Amante firme y leal!...
—Y de la propia manera
hablaria si pudiera
mirarle en su estado actual.—
¿Qué importa la amarillez
que cubre los labios, rojos
al calor de la niñez;
que el brillo roba á la tez
y la pureza á los ojos?
Ande con dificultad
el cuerpo encorvado y tardo
en la fuerza de su edad;
parezca el jóven gallardo
anciano... sin dignidad.
Tiemble la robusta voz
que el mundo amaba y temia;
siga implacable y veloz
á una precoz energía
una senectud precoz.
¿Puede al espíritu, acaso,
disputar la preferencia
la materia en ningun caso?...
—Lo malo es que siempre el vaso
presta sabor á la esencia...
Y el hombre á quien el vigor
del cuerpo el vicio consume,
pierde del alma el pudor;
que al marchitarse la flor
la abandona su perfume!

EULALIA.

(Dominando trabajosamente la angustia con que ha escuchado las palabras de Ramon.)

Yo le tengo fijo aquí (Apretándose el pecho.)
tan puro como se fué!
Cesa en tu afan baladi;
que quien en sí tenga fe
tiene que dudar de tí.

RAMON.

Jaime era ayer de otro modo,
y á esa imágen yo acomodo
mi sér por amor é instinto.

EULALIA.

Si él es bueno porque en todo
es de su hermano distinto!

RAMON.

Te amo, fiera, ingrata, impía,
más que al alma que al Eterno
debo devolver un dia!

EULALIA.

No me ama mucho quien cria
el alma para el infierno.

RAMON.

El mismo á quien ciega quieres,
consiente que así te hable
y sabe lo que tú eres
para mí.

EULALIA.

¡Y eso profieres?
¡Pues no vives, miserable?

RAMON.

(Cogiendo de la mano á Eulalia y casi á su oido.)

La noche que nos dejó,
aquí, en el mismo lugar
que ahora ocupamos tú y yo,
mi pasion al escuchar,
de esta manera me habló:
—«Ramon, yo no puedo hacer
venturosa á esa mujer:
tú eres de su amor más digno...
A mi suerte me resigno:
me voy para no volver.»

EULALIA.

(Irguiéndose radiante de orgullo y felicidad, cogiendo á su vez del brazo á Ramon y con mucha energía.)

La noche que me dejó,
aquí, en el mismo lugar
que ahora ocupamos tú y yo,
conmovido hasta llorar,
de esta manera me habló:
—«De mi alma por el reposo,
por ese rayo dichoso
que inunda tu rostro en luz,
por mi amor, por esta cruz...

(Formando una con los dedos y besándola.)

¡juro que he de ser tu esposo!

RAMON.

Quien eso juraba, ayer,
coronando sus deslices,
huyó con otra mujer.

EULALIA.

¡Con otra!... ¡No puede ser!

RAMON.

Lo niegas tú?

EULALIA.

(Despues de un momento y mirándole con desprecio.)

Y tú lo dices.

RAMON.

¡Ay de quien así me humilla!
Vé al altar; ya en tu persona
el nupcial adorno brilla:
no os negará su capilla
la cárcel de Barcelona!

EULALIA.

¡Qué oigo!

RAMON.

En tan triste ocasion
sacrifica quien bien ama
hasta la reputacion:
da tu fama por su fama,
que la suya es de ladron!

EULALIA.

(Tapándole la boca; en el colmo de la indignacion y de la angustia.)

¡Calla!.

RAMON.

Tu Jaime está allí
encadenado, y tú aquí
llevando encima un tesoro!

EULALIA.

(Despues de contemplarse y arrancándose gran cantidad de las ricas joyas que forman el adorno del traje, las cuales caen por el suelo con alguna pluma ó gasa.)

Seda... encajes... perlas... oro...

¡huid para siempre de mí! (Dirigiéndose al castillo.)
¡Te desprecio! ¡Te abomino!

(Volviendo y con más fuerza.)

—¡Le amo!

ESCENA IX.

RAMON *y* CAP-DE-FERRO, *que sale inmediatamente del cenador.*

RAMON.

¡Cap-de-ferro! Llena
tu zurron!

(Señalándole las joyas: él se abalanza codicioso á recogerlas.)

CAP-DE-FERRO.

¡Cielo divino!

RAMON.

¡Ella duplicó la pena!
¡Ella compró al asesino!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Patio de la cárcel de Barcelona. Una puerta en el foro y dos á los lados.

ESCENA PRIMERA.

EL ALCAIDE, EL VERMELL, POLARTE *y* EL NOY. *Los tres últimos con grillos, y El Vermell más cargado que ninguno. Hablan primero dentro, y en seguida salen por el foro.*

EL VERMELL.

¡Sáquenos pronto de aquí,
seor alcaide!

POLARTE.

Sáquenos,
que las chinches nos desangran!

EL NOY.

Y nos consume el calor.

EL ALCAIDE.

Salgan y callen.

EL NOY.

(Con mal modo.) Ya es tiempo.

EL ALCAIDE.

¿Qué murmura?

EL NOY.

Y voto á briós,
que ya nos iba faltando
paciencia y resignacion!

EL ALCAIDE.

¿Quiere dormir en el cepo?

EL NOY.

¡En el cepo!...
(Cambiando repentinamente de tono y apartándose.)
—No señor.

POLARTE.

Véame yo fuera, que alguno
que hoy goza la luz de Dios
y trata á algun probetico
sin pizca de compasion...

EL ALCAIDE.

¿Qué hará?

POLARTE.

Ponerse á la sombra,
que en Agosto pica el sol.

EL VERMELL.

¡Bien está el hombre con tanto
grillo y collar (Señalando uno de hierro que lleva.)
y ganfion
que le estorba el movimiento
y hasta el uso de la voz!...
¡Bien está el hombre, repito
treinta veces, que si no
estuviera así...

EL ALCAIDE.

¿Qué haria?

EL VERMELL.

¡Hum! Estar mucho mejor.

EL NOY.

Pero al fin saldrá uno de esta
cadena, mañana...

POLARTE.

Ú hoy;
que habiendo pecho y dineros...

EL NOY.

Hay siempre procurador.

POLARTE.

Y escribano.

EL NOY.

Y fuerza.

POLARTE.

Y arte.

EL NOY.

Y fortuna.

EL ALCAIDE.

Y un baston
en mi mano, que apalea
que da gozo! (Dándole en las espaldas.)

EL NOY.

Uy! A mí nó.

EL VERMELL.

¡Seor alcaide!

EL ALCAIDE.

Poca bulla,
pícaros!

EL NOY.

¡Es que...

EL ALCAIDE.

Chiton! (Vase por la izquierda.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, *ménos* EL ALCAIDE.

POLARTE.

Ya nos dejó en paz.

EL NOY.

Y dueños
de estar á nuestro sabor.

EL VERMELL.

Polarte...

(En este personaje se notará, á vueltas de una jactancia exagerada, una preocupacion contínua.)

POLARTE.

Vermell amigo...

EL VERMELL.

¿Y el gran Garrampiés? ¿Se vió
su causa, por fin?

POLARTE.

Por fin
lo cuelgan sin ser melon.

EL NOY.

Me alegro. Cantó en el ánsia
lo mismo que un ruiseñor;
dijo lo que no habia hecho
cuando fué con el Miñon...
Apriétenle el pasapan.

y aprenda á vivir.

(Ciñéndose la garganta con los dedos pulgar é índice.)

EL VERMELL.

Tú... Noy,
¿qué hay de tu causa?

EL NOY.

Me acaban
de tomar declaracion.

POLARTE.

¿Por qué estás aquí?

EL NOY.

(Haciendo con los dedos ademan de rapiñar.) Por sastre.

EL VERMELL.

Negaste tu oficio?

EL NOY.

¡Oh!
Siempre! ¿Qué ha de hacer el hombre
cuando el hombre tiene honor?

POLARTE.

A galeras...

EL NOY.

(Con orgullo.) Sí.

EL VERMELL.

Que sea
por muchos años, en pro

(Yendo á abrazarle, y no pudiendo hacerlo por la disposicion en que está.)

del lustre de la persona.

POLARTE.

Yo te abrazo por los dos.

EL VERMELL.

¡Bienaventurados cuantos (Con solemnidad.)
padecen persecucion
por la justicia, que de ellos
es la gloria del Señor!

ESCENA III.

DICHOS *y* EL MIÑON, *que sale por la derecha envuelto en una manta.*

EL MIÑON.

Ay!... Ay!... Ay!...

POLARTE.

Esa voz...

EL NOY.

¡Miñon amigo!

EL MIÑON.

Ay! Ay! Ay!

EL VERMELL.

Lo estoy viendo y aun lo dudo.
¡Tú quejándote!

EL MIÑON.

No: Dios es testigo.
¡Ay!... «Hay... por aquí gente?» es lo que (digo:
con el dolor me he vuelto tartamudo.

EL NOY.

¿Qué ha podido causarte sentimientos,
insigne tomajon?

EL MIÑON.

Nada: doscientos.

POLARTE.

¡Voto á Luzbel!

EL MIÑON.

El uno sobre el otro.
Iban á hacerme pasear en potro...
y hombre de carne y hueso, aunque muy (hombre,
y más suelta la lengua que la mano,
llegué á llamar «ladron» al escribano,
y...

EL VERMELL.

Llame ucé á las cosas por su nombre.

EL NOY.

Todos tomamos en tu pena parte.

EL VERMELL.

Sí!

POLARTE.

Yo la considero como mia.

EL MIÑON.

La voluntad estimo, seor Polarte...
pero no ha aprovechado todavía.

EL NOY.

(Arrimándole á un poyo que tienen cerca.)

Siéntate; estás molido.

EL MIÑON.

No seas ganso.
Tal tengo el cuerpo, que de pié descanso.

POLARTE.

¿Y qué es eso?

EL MIÑON.

Una manta rocïada

con vino de Tortosa, que me ha puesto
cierta duquesa...

POLARTE.

¡Puede!

EL MIÑON.

Aficionada
á mi humor y mi gesto.

EL NOY.

Huele bien. (Llegándose la sábana á las narices.)

EL MIÑON.

¿Y el sabor? (Lamiendo un poco.)
Cosa divina.
¡Si siento más que el mal la medicina!
(Distraido, se sienta y se levanta inmediatamente dando un grito.)
¡Ay!

ESCENA IV.

DICHOS *y* SANTOYO *por el foro, con poquísima ropa encima y una baraja en la mano.*

SANTOYO.

Señó Miñon...

EL MIÑON.

(Con voz desfallecida.) ¿Quién?

SANTOYO.

¡Señó fuyero!

EL MIÑON.

¿Cómo!...

SANTOYO.

¿Pues es su acsion de cabayero?

EL MIÑON.

¡A mí!... ¡Tenedme, amigos, ó lo mato!
(Yéndose á Santoyo, y cayendo derrengado en brazos de sus compañeros.)
Sostenedme ó me caigo.

SANTOYO.

¿Esto es consiensia?
¿Así se cobra por acá er barato?
Oiga el señó Vermey, y dé sentensia,
y güerva por la gente catalana.

EL VERMELL.

Diga qué ha sido el lance. (Gravemente.)

SANTOYO.

Esta mañana
me ha ganado er gregüesco y la ropiya
y estoy, señores, en gaban y armiya.

EL VERMELL.

¿Y quiere que le dé lo que en el juego
perdió? Todas sus leyes se lo vedan.

SANTOYO.

No señó! Quiero que juguemos luego,
pero luego, las prendas que me quedan!

EL VERMELL.

Voacé pide el desquite?

SANTOYO.

Pues es claro.

EL VERMELL.

Y... ¿con qué? (Mirándole de piés á cabeza.)

SANTOYO.

Con la armiya.

POLARTE.

No es avaro
el andaluz.

EL VERMELL.

¿Y si la perra marra?

SANTOYO.

El gaban servirá de hoja de parra.
¡Al avio!

TODOS.

(Sentándose en el suelo, á excepcion de El Miñon, que juega de pié.)

Al avio!

SANTOYO.

(A Polarte, que corta.)

Arce voasé por mano, señor mio.

EL VERMELL.

Yo la doy.

SANTOYO.

Ahí la gano: ¿me equivoco?
Siga.

EL VERMELL.

Dejadme barajar un poco,
y quitar otro encuentro
como el pasado.

SANTOYO.

(Al Noy, que apunta.) ¿Juera?

EL NOY.

Dentro! Dentro!

SANTOYO.

Estoy que no veo mota.

POLARTE.

Sota y caballo. (Apuntando.)

SANTOYO.

Bien! Cabayo y sota!

(Con rabia, y tirando la baraja, que recoge en seguida Polarte.)

El oro me aborrese, y yo le pago.

EL NOY.

Sí?

SANTOYO.

No le puedo ver... por más que hago.

ESCENA V.

DICHOS, EL ALCAIDE *y* UN ESCRIBANO, *por la izquierda.*

EL ALCAIDE.

Señor Vermell, el escribano os viene...

EL VERMELL.

¿A qué?

EL ALCAIDE.

A notificar una sentencia;
pésame que es de muerte.

EL VERMELL.

¿Sí?

(Con terror primero: con afectada indiferencia despues.)

¿Quién tiene
cambio de un cuarto?

EL ESCRIBANO.

(Disponiéndose á leer.) Oid.

EL VERMELL.

¡Qué impertinencia!
Ve que estoy ocupado el muy camueso...

EL ESCRIBANO.

Pero...

EL VERMELL.

Sea pero: ¿á mí qué me va en eso?
—Digo la parte. ¿Pierdo ó gano?... Gano!

(Recogiendo los cuartos que hay en el suelo.)

EL ESCRIBANO.

Oiga.

EL VERMELL.

¡Concluya de moler, hermano!

(Levantándose y disponiéndose á escuchar.)

EL ESCRIBANO.

(Leyendo.) «Fallo que por la culpa que resulta contra Cucufate Miralpux, llamado por mote *El Vermell*, le debo condenar, y le condeno, á que de la cárcel dó está sea sacado públicamente en un asno de albarda, y un pregonero delante que manifieste su delito; y sea llevado por las calles acostumbradas, y de allí á la plaza donde estará una horca hecha; y de ella será colgado del pescuezo hasta que naturalmente muera. Y nadie sea osado á quitarle sin mi licencia. Y mando so pena de la vida, etc.

EL VERMELL.

Y ¿quién dió esa sentencia? (Con mucha flema.)

EL ESCRIBANO.

El juez letrado
que entiende en vuestra causa.

EL VERMELL.

Hacerlo puede
como juez: mas que él sea tan honrado
que me la venga á dar á un despoblado

como hombre... y se verá lo que sucede!

(El Escribano habla al oido al Alcaide.)

POLARTE.

Apelad, no seais bobo.

EL VERMELL.

A Dios apelo,
que soy pobre y aquí no se me oiría.

EL ALCAIDE.

Hermano... (Con dulzura.)

EL VERMELL.

¿Cortesía?...
En la nariz me ha dado tufo á duelo.
No esperará al Vermell la enfermería.
Vamos! (Volviéndose enternecido á los presos.)
—Que me aviseis á la Leona;
que me sigais con hachas y con lutos.

POLARTE.

La amistad y el amor, á tu persona
rendirán con placer esos tributos.

EL ESCRIBANO.

¿Qué tiene que encargar?

EL VERMELL.

Para el pellejo
un hábito en un todo diferente
del que sacó el ahijado del Vencejo.
Si he de salir con hábito tan viejo,
mejor quiero quedarme entre esta gente.

(El Escribano se va por la izquierda santiguándose. El Vermell entra con el Alcaide por la derecha.)

ESCENA VI.

POLARTE, EL MIÑON, EL NOY *y* SANTOYO. *En seguida* CAP-DE-FERRO *por el foro, rodeado de otros presos.*

CAP-DE-FERRO.

¡Gracias, muchachos! Dios sabe
si agradezco bien el gozo
que manifestais al verme
otra vez entre vosotros.

EL NOY.

¡Viva el Rey de los jayanes!

SANTOYO.

¡Viva el verdugo del soplo!

EL MIÑON.

El Colon de los guzpátaros!

EL NOY.

Nuestra gloria!

SANTOYO.

Nuestro apoyo!

POLARTE.

¡Viva Cap-de-ferro! El nombre
basta y sobra para elogio.

CAP-DE-FERRO.

Amigos! Vengan los brazos!

EL NOY.

Con órden, y poco á poco.

SANTOYO.

¿Tú por aquí?

CAP-DE-FERRO.

Me aburria

mirándome libre y solo.
Un proyecto soberano
me calentaba el meollo...
Necesitaba á los mios,
murcié á un regidor el bolso,
pagáronme bien la entrada,
entré, y acá estamos todos.
(Los presos se reparten por la escena á la indicacion de Cap-de-ferro.)
—Apártense, caballeros.
(Al Miñon, Polarte, el Noy y Santoyo, que le rodean.)
—Oido largo y labio corto.
Cuando saquen al Vermell,
no habrá ni uno de nosotros
sin el hachon en la mano
y la hopalanda en los hombros.
El que alquila paño y cera,
aunque es hombre recto y probo,
por una vez se ha rendido
á argumentos poderosos. (Señal de dar dinero.)
Entre la tela habrá limas
y martillos... (Murmullo de alegría y entusiasmo.)
Chist!—El forro
de las hachas es de cera,
pero con un golpe flojo
que dé su canto en el suelo,
serán picas de tres codos,
cuchillos de montería
y pedreñales de á folio.

POLARTE.

No hay que decir más.

CAP-DE-FERRO.

Al pájaro
que espere librarse pronto
ó á poca costa... ni esto;

(Sonando en un diente la uña del pulgar de la mano derecha.)

que hacen del soplar soborno
con la gentuza... Y á un lado,
no sospechen. Ojo... y ojo!

(El Miñon, Polarte y El Noy se confunden con los demas presos, quedando únicamente en primer término Cap-de-ferro y Santoyo.)

ESCENA VII.

DICHOS *y* DON JAIME DE MONCADA, *en traje de estudiante. Sale por el foro, triste y pensativo, yendo á sentarse en un banco que habrá en el centro del teatro. Los presos que encuentra al paso le rodean en seguida con gran algazara y le hacen desaparecer á la vista del espectador.*

EL NOY.

Él es! Él es! Paso á Roque
Guinart! (Risas y silbidos.)

EL MIÑON.

No se ponga fosco.

POLARTE.

No tiemble, que no le comen.

EL NOY.

Para eso está blando.

EL MIÑON.

Y soso.

CAP-DE-FERRO.

(A Santoyo, con indiferencia; no ha visto á D. Jaime.)

¿Quién es?

SANTOYO.

Un pobre diablo
á quien van á gorver tonto
si sigue acá cuatro dias.
Un estudiante. (Con desprecio.)

CAP-DE-FERRO.

(Ecce-homo.)

SANTOYO.

Mató en un duelo al sobrino
del virey... cometió un robo
en su casa, y al mirarse
metido en chirona, el mozo,
por sistema ó por carácter,
las echa de vergonsoso.

CAP-DE-FERRO.

¿Sí?

SANTOYO.

Ni puyas, ni denuestos
que se le lansen al rostro,
le hasen volver la cabesa
ó alsar del suelo los ojos.
Le llaman «Roque Guinart,»
porque ese era el nombre de otro
de su estofa, que enterramos
aquí en mil seisientos ocho...
Era sapatero: un dia
se acaloró de tal modo
con un ofisial, que á hormasos
le partió el hueso palomo.
Vino aquí, y de la virgüensa
de ser el úrtimo mono

entre gente tan lusia,
dió á Dios el arma é chopo
sin hablar una palabra
miéntras vivió con nosotros.
Ar fin, y cuando le estábamos
resando el postrer responso,
su esposa (que habia venido
á verle arrojar al hoyo)
dijo, sorbiendo suspiros
y mascuyando soyosos:
«¡Ay! qué maridito pierdo:
»rico, memo, mudo y sordo!»
Y de ahí nasió... Verá usé...

(Abriéndose paso y llegando á ponerse al lado de D. Jaime.)

¿Qué es eso, cuerpo de oro?
¿Por qué yora usé? Caramba!
Arse y toque! (Tendiéndole la mano.)
Yo dispongo
del jues y del escribano
lo mismo que de mí propio;
y si le echan á gurapas
porque erró aquel güen negosio,
con mi influensia le ahorcan
y le dejan quito y horro.

(D. Jaime se levanta muy despacio, mira de pies á cabeza á Santoyo, que se sonrie, le coge de ambos brazos, le levanta en alto y de un empellon le derriba en tierra, embozándose en seguida con el manteo y bajando al centro de la escena, rompiendo por medio de los presos, que le abren paso respetuosamente, miéntras exhalan un murmullo de admiracion y asombro.)

SANTOYO.

Á mí por tierra!... ¿A este cura

con el josico en el lodo?

(Levantándose trabajosamente y encarándose con Don Jaime; dando á sus palabras una expresion indefinible de veneracion y extrañeza.)

¿Es usé Alejandro Magno?
Porque yo soy Juan Santoyo.

DON JAIME.

Si la ofensa que hice en uno (Con digna altaneria.)
quieren recogerla todos,
para todos la repito
y la mantengo yo solo. (Pausa.)

CAP-DE-FERRO.

Don Jaime es amigo mio.

DON JAIME.

(¿Este hombre aquí? ¡Qué sonrojo!)

TODOS.

Eso basta.

DON JAIME.

(Como él haga
algo por ello, le ahogo!)

CAP-DE-FERRO.

Yo le protejo.

DON JAIME.

Y á tí,
¿quién te proteje?

CAP-DE-FERRO.

(Mirando como con compasion á Don Jaime y dirigiéndose á los demas.)

Está loco.
Dejadme con él á solas.

EL MIÑON.

(A los otros.)

No se atreve á hablarle gordo. (Vánse por el foro.)

ESCENA VIII.

DON JAIME *y* CAP-DE-FERRO.

DON JAIME.

¿Tú aquí, malvado? ¿Tú aquí,
baldon de los más aleves!
¿Eres cobarde, y te atreves
á ponerte junto á mí?
¿Esperas que quien la paz
del alma dejó en tus lazos,
quien al fin hizo pedazos
tu vergonzoso disfraz,
quien por la villana accion
que cometiste á su sombra
ve como un pueblo le nombra
á grito herido «ladron!»
no tenga ni áun egoismo?...

CAP-DE-FERRO.

Señor!...

DON JAIME.

¿No sientes, no miras
que el desprecio que me inspiras
se trueca en miedo á mí mismo?

CAP-DE-FERRO.

Mi deber y mi conciencia
me guian...

DON JAIME.

(Asiéndole de un brazo.) ¿Y me contengo!

CAP-DE-FERRO.

Vengo á libertaros, vengo
á probar vuestra inocencia.

¿No obliga la gratitud?
Vos no me habeis delatado
ante el juez, y yo he guardado,
al ménos, una virtud.

DON JAIME.

Tú dirás que no fué mia
la...

CAP-DE-FERRO.

Sí...

DON JAIME.

No mientas!

CAP-DE-FERRO.

Os digo...

DON JAIME.

Que... ahora, el odio que en mí abrigo
puede crecer todavía!

CAP-DE-FERRO.

Al salir de la prision
el que pensaban ahorcar
esta tarde, va á estallar
aquí una sublevacion
dispuesta y organizada
con arreglo á un plan que excede
á todo elogio y no puede
desbaratarse por nada.
Fuera de la ciega ley
que nos confunde á los dos,
confesaré que si vos
al sobrino del Virey
herísteis casi de muerte,
yo fuí quien robó el dinero

y las joyas... ¿Dudais?

DON JAIME.

Quiero
y necesito creerte;
que el que sufre mi ansiedad
busca luz hasta en el cáos.

CAP-DE-FERRO.

Desde este instante juzgaos
con honra y con libertad.

DON JAIME.

¿Cómo salir?

CAP-DE-FERRO.

Yo sé el cómo;
nadie en el enjambre huelga.

DON JAIME.

Te van á colgar.

CAP-DE-FERRO.

No cuelga
nadie al dueño de este pomo.

(Sacande del pecho uno de cristal.)

DON JAIME.

Un veneno...

CAP-DE-FERRO.

En ocasiones...
Si se bebe sin medida,
y tambien si uno no cuida
de tomar sus precauciones.
¿Me niega el cielo su arrimo
y me amenaza el bochorno
de convertirme en adorno
campestre, vulgo «racimo»?

Pues busco quien me despierte,
y cato el suave beleño
que da un apacible sueño
igual en todo á la muerte.
¿Hay proporcion de escapar?
Me despiertan y me fugo.
¿No? Me dejan, y el verdugo
no tiene que trabajar.
Pero un hombre de mi talle
nunca llega tan abajo...
¡No me dé Dios más trabajo
que poneros en la calle!

DON JAIME.

Idos todos: yo no os sigo
ni os detengo; aquí me estoy
hasta probar que no soy
merecedor de castigo.

CAP-DE-FERRO.

Mas...

DON JAIME.

Tú, una vez que te veas
libre, ¿qué piensas hacer?

CAP-DE-FERRO.

Señor... Os voy á exponer
francamente mis ideas.

DON JAIME.

Ser un hombre honrado...

CAP-DE-FERRO.

¡Bah!...

DON JAIME.

Si no mudas de bisiesto...

CAP-DE-FERRO.

Quien se ve excluido del resto
de la sociedad, quien ya
la tiene por enemiga,
en vano obrar bien resuelve,
que hasta la mosca se vuelve
contra el necio que la hostiga.
Libre, usaré de mis fueros
y buscaré á la fortuna
como capitan de una
cuadrilla de bandoleros.
—¡Qué teniente hiciérais vos!

DON JAIME.

¡Calla, si lograr no quieres...

CAP-DE-FERRO.

Vida propia de los séres
á quien abandona Dios.
Alegre, barata y sana.
No os seduce, á lo que observo:
de cualquier modo, os reservo
ese puesto hasta mañana.

DON JAIME.

¡Mañana! (Recreándose con sus esperanzas al oir esa palabra.)
Mejores son
los proyectos que acaricia
con amorosa avaricia
mi angustiado corazon.
Besar los piés del anciano
que me adora con demencia,
disfrutar de la presencia
de mi cariñoso hermano,

y unirme á quien mi agonía
de léjos consuela y calma,
á la que encierra en su alma
cuanto bueno hubo en la mia...
A la que en el desconcierto
de mi borrasca constante
fué el faro puro y brillante
que me señalaba el puerto.
He escrito á mi padre, y tarda
el perdon que humildemente
le pedí; mas lo presiente
el alma, y firme lo aguarda
gritándome: «No te azores,
que desde tu edad primera
siempre su indulgencia era
más grande que tus errores.
No temas que su bondad
al verte así disminuya,
que es padre y busca en la tuya
su propia felicidad.»

ESCENA IX.

DICHOS *y el* ALCAIDE *que sale por la izquierda y entrega á* DON JAIME *una carta.*

EL ALCAIDE.

Don Jaime.

DON JAIME.

¿Quién es?—¡Aparta! (A Cap-de-ferro.)

EL ALCAIDE.

Un villano que ahora llega
de Vilasar...

DON JAIME.

¡Ah!...

EL ALCAIDE.

Me entrega
para vos...

DON JAIME.

(Arrebatándosela.) ¡Dadme! ¡La carta!
Recompensad al villano
en mi nombre... y no os vayais
sin abrazarme.

(Echando los brazos al cuello del Alcaide, que se va por el foro.)

ESCENA X.

DON JAIME *y* CAP-DE-FERRO.

CAP-DE-FERRO.

¿Temblais?...

DON JAIME.

Sí... la letra es de mi hermano.

(Examinando el sobrescrito.)

CAP-DE-FERRO.

¿Por qué temblais?

DON JAIME.

(Esforzándose por disimular su emocion y sin conseguirlo.)

¿Quién?... ¿Yo? No...

CAP-DE-FERRO.

Juráralo por mi fe.

DON JAIME.

Pues te equivocas... ¿Por qué
habia de temblar yo?...

CAP-DE-FERRO.

¿No leeis?

DON JAIME.

Sí... Espera...

(Se oyen dentro cinco campanadas.—Cap-de-ferro las cuenta entre dientes.)

CAP-DE-FERRO.

¡Las cinco!
Voy á dirigir mi fiesta.
—Pensad lo que haceis en esta
jarana: vuelvo en un brinco. (Yéndose por la derecha.)

ESCENA XI.

DON JAIME.

Da mil vueltas entre sus manos á la carta, miéntras dice con violenta agitacion ántes de resolverse á abrirla:

Mi padre está casi ciego;
no puede escribir... y luego,
su dignidad... No es extraño...
—¡Con qué delicia me entrego
á este adulador engaño!
Ramon...—de fijo:—Ramon
me habrá prestado su ayuda
implorando mi perdon...
¡Ay!... no puedo con la duda...
y temo la conviccion!
Letras que encerrais mi ruina
ó el bien que más me alucina,
¡quién voz prestaros pudiera!
¿Por qué el alma no adivina
como teme y como espera?
—¡Basta! (Abre la carta y lee.)
—«Desdichado hermano...»
—¿Me compadece ó me lanza

una acusacion?...—«En vano
suplicas.»—¡Dios soberano!
«Renuncia á toda esperanza.» (Volviendo á leer.)
«A toda esperanza...» ¡Sí!
¡Eso dice!... ¡Y no rompí,
ántes de abrirlo, el papel
que ahora miéntras más cruel
se hace más dueño de mí!
«Mi padre...» Mi padre... «Está
tan indignado contigo,
que te odia ya.»—¡Me odia... ya!
«Y á menudo...»—¡Me odia! «Da
por dichoso tu castigo.
Dice que corras tu suerte;
y que, pues quieres perderte,
te deja el camino abierto:
que no ha de volver á verte,
que para él has muerto...»
¡Muerto!...
(Estrujando la carta y con feroz sarcasmo.)
«Que en vano pide perdon
quien cubre su vejez fria
de vergüenza y de irrision;
que te execra; que te envia...»
¡Me envia su maldicion!
—¿Hay más?...—¿Qué puede haber más?
«Eulalia...» Sí, tú serás
mejor... «Te esperaba ansiosa
de ser tu esposa...» ¡Mi esposa!
¡Sueños de ventura, atrás!
«Mas hoy justo es que al rigor

del golpe la pasion ceda,
y piensa en tí con rubor,
aunque en su pecho no queda
ni memoria de tu amor.»
¿Por qué esta flecha se clava
más en mí? ¿Por qué no acaba
conmigo pena tan ruda?
¿Es la más grande? ¡Es sin duda
la que ménos esperaba!
«No te haga estar receloso
su suerte: ya tiene esposo...
¡Yo la he ofrecido mi mano!
Te compadece tu hermano...»
¡El... á mí!
(Sintiéndose desfallecer, apretándose el corazon con ambas manos y cayendo desplomado en tierra.)
¡Dios es piadoso!

ESCENA XII.

DON JAIME *y* CAP-DE-FERRO *que habia salido un momento ántes por la derecha y lo alza.*

CAP-DE-FERRO.

¡Señor!... ¡Levantaos!

DON JAIME.

(Volviendo en sí.) ¡Ah!...

CAP-DE-FERRO.

¡Que vienen!

DON JAIME.

¡Y yo creia...
(Con amargura; luego con desesperacion.)
—No... no he muerto todavía...
¡y no puedo morir ya! (Se va por el foro.)

ESCENA XIII.

CAP-DE-FERRO *solo un momento. Se oye dentro música de órgano y cantar la letanía á los presos, que poco á poco salen por la derecha enlutados todos, con hachas de cera encendidas, y precediendo al* VERMELL. *Éste viste un hábito de la Caridad, lleva una cruz de madera en las manos, y á su lado al* MIÑON, *disfrazado de fraile. Apenas lo marca el diálogo,* LA LEONA *y* LA DESOLLADA *aparecen por la izquierda peleando con el* ALCAIDE *que en vano trata de detenerlas.*

CAP-DE-FERRO.

(Siguiendo á Don Jaime con la vista.)

Cuando la furia desgastes,
entrarás en la comparsa.
—Ahora el ahorcado... de farsa:

(Marcando mucho la expresion.)

la vida toda es contrastes.

POLARTE.

(Al Noy que tiene el hachon inclinado hacia él, y dándole un golpe con el suyo.)

¡Qué me manchas, voto á Dios!

(Contestando con acento completamente distinto á la voz de los demas.)

—*Ora pro novis.*

EL NOY.

Espera,
que cuando nos veamos fuera,
por Cristo...—*Cristi, audi nos.* (El mismo juego.)

EL VERMELL.

(¿Prometeis salvarme? (A Cap-de-ferro que se le acerca.)

EL MIÑON.

(Aparte al Vermell.) Sí:
sigue y calla.

EL VERMELL.

(Reconociéndole.) ¡El Miñon!

CAP-DE-FERRO.

Chito!)

EL MIÑON.

Piense en el cielo, hermanito. (Cambiando la voz.)

EL VERMELL.

¡Padre... piense el cielo en mí!
(Pero... ¿qué es esto? (A Cap-de-ferro.)

CAP-DE-FERRO.

Esto es
que al fin todo se remedia,
que concluye la tragedia
y comienza el entremés.)

LA LEONA.

¡Afuera! (Dentro.)

EL VERMELL.

O yo me equivoco,
ó es la Leona.

EL ALCAIDE.

Echarse á un lado.

LA LEONA.

¿Adónde está el sentenciado
de mi ánima?

EL VERMELL.

Aquí hay un poco.

(Se abrazan con grandes demostraciones de cariño y dolor.)

LA LEONA.

Mírame, y alza la frente:
contén el miedo importuno,
que en el trance...

EL VERMELL.

(Sólo uno
no las echa de valiente.)

LA DESOLLADA.

En el trance ha de lucir
su ardor la gente templada.

LA LEONA.

Mi prima *La Desollada*,
que viene á verte morir.

LA DESOLLADA.

Y los cielos son testigos,
no es cumplimiento.

EL VERMELL.

¿No?

LA DESOLLADA.

Es gusto.
En tragos como éste...

EL VERMELL.

Justo,
se ven los buenos amigos.

LA DESOLLADA.

(Tocando el que lleva puesto el Vermell.)

¡Gran hábito!

EL VERMELL.

Hecho de ayer.

LA DESOLLADA.

¡Bien le sienta!

EL VERMELL.

Yo lo estreno.

LA LEONA.

¡Qué lindo va mi moreno!
¡Cuánto envidioso ha de haber!

EL MIÑON.

(Haz la probatura. (Aparte al Vermell.)

EL VERMELL.

Espera
y verás: si es un asombro!...)
—Leona, por ésta, te nombro
universal heredera.
Mi taladro, mi *Agnus Dei*,
mi sarten, mi manta... todo
es tuyo.

LA LEONA.

(Echándose sobre La Desollada, y llevándose las manos al corazon.)

Ay!... Ay!...

(Volviendo inmediatamente sobre sí y con orgullo.)

—¡De qué modo
deja á sus viudas el Rey!

EL VERMELL.

Una recomendacion
quiero hacerte.

LA LEONA.

Ya estoy firme:
manda!

EL VERMELL.

Ha de sustituirme
contigo...

LA LEONA.

(Con fiereza.) ¡Quién?

EL VERMELL.

El Miñon.

LA LEONA.

¿El Miñon!... (Con desprecio.)

EL VERMELL.

(¡Amante fiel!)

EL MIÑON.

(Si me ve, me descalabra.) (Calándose la capucha.)

LA LEONA.

Ya tengo dada palabra
á otro que vale más que él.

EL MIÑON.

(¡Vamos! (Avanzan hácia la izquierda.)

EL VERMELL.

¡Pero...

EL MIÑON.

¡Andad, andad!

EL VERMELL.

Mal sesgo el asunto toma... (Para sí.)
—¿Si me librarán en broma
y me ahorcarán de verdad?)

CAP-DE-FERRO.

(Adelantándose; con uncion y solemnidad.)

Los cielos que atentos ven,
hermanitos, nuestros duelos,
remédienlos.

EL VERMELL.

¡Ay! ¡Los cielos
me valgan!

CAP-DE-FERRO.

(Con voz fuerte.) ¡Amén!

TODOS.

¡Amén!

(Descubriéndose y mostrando estar armados como se indica en la escena VI. El Vermell saca una enorme navaja de la cruz de madera que lleva en la mano.)

¡Arma!... ¡Arma!

ESCENA XIV.

DICHOS, *un* CAPITAN *y una compañía de soldados, que aparecen en la entrada de la izquierda apuntando á los presos con sus arcabuces, al mismo tiempo que el fondo se ve cubierto de alguaciles y bastoneros entre los cuales está* SANTOYO. *Mucha rapidez hasta el final del cuadro.*

EL CAPITAN.

Atrás!

TODOS.

Atrás!

EL CAPITAN.

¡Quietos todos!

CAP-DE-FERRO.

¡Maldicion!

POLARTE.

Santoyo ha sido el soplon. (Descubriéndole.)

EL NOY.

Cara nos la pagarás!

EL MIÑON.

¿Qué hacer?...

POLARTE.

¡Vamos!

CAP-DE-FERRO.

Dentro ó fuera.
Pronto, que se enfria el hierro!

POLARTE.

La culpa es de Cap-de-ferro!

EL NOY.

¡Muera Cap-de-ferro!

TODOS.

¡Muera!

(Dirigiéndose á Cap-de-ferro en actitud amenazadora.)

EL MIÑON.

Ahora doblarán los jueces
las penas á cada uno.

EL NOY.

¡Y por él! ¡Infame!

POLARTE.

¡Tuno! (Le maltratan.)

(Los soldados en cuanto han observado la indecision de los presos han comenzado á recogerles las armas.)

EL VERMELL.

(Al verse entre dos alguaciles.)

¿A que ahora me ahorcan dos veces?

EL CAPITAN.

Las armas... Paz y sosiego.
¿Se resiste alguno?

SANTOYO.

(Que continúa siempre en sitio seguro.)

¡Naide!

ESCENA XV.

DICHOS *y* DON JAIME, *que llega precipitadamente por el fondo, vestido de distinto modo que ántes y con el rostro y el traje en el mayor desórden; trae una tea en la mano izquierda y una espada en la derecha.*

DON JAIME.

¡La casa está ardiendo, Alcaide!

VOCES.

¡Fuego! ¡Fuego! (Dentro.)

EL ALCAIDE.

¡Fuego!

TODOS.

¡Fuego!

(Confusion general. Los soldados y alguaciles salen los primeros: los presos corren en tropel por todos lados, y parte de ellos vuelve á entrar en escena. En seguida se oye la campana de la cárcel tocando á rebato.)

DON JAIME.

Sígame quien libre y sano
quiera verse!

CAP-DE-FERRO.

Pero, ¿no
es ardid?

DON JAIME.

¿El fuego?—Yo
lo he prendido por mi mano.

(El resplandor del incendio se ve por la izquierda, y á la conclusion del cuadro baña por completo el teatro.)

Yo solo sé la salida
única que queda ya!

EL VERMELL.

(Acercándose á D. Jaime y con ansiedad como todos los demas presos.)

¡Salvadnos!

DON JAIME.

Vengan acá
los necios que amen la vida!
Vuelva á alentar la esperanza
en todo pecho sediento
de destruccion, avariento
de justicia y de venganza.
No penseis arrepentidos
enmendar vuestros deslices.
¿Verdugos contra infelices?
¡Bandidos contra bandidos!
¡Amor!... Ruido que en la cuna
me halagó entre tantos otros...
Familia!... Pues qué! ¿nosotros
no podemos formar una?
Ley, hasta hoy vilipendiada,
desde hoy tu reinado empieza;
tu espíritu en mi cabeza
y tu sosten en mi espada!
Un muerto, cuyo semblante
desfiguró esta cuchilla,
se avino á dar su ropilla
por la del pobre estudiante.
—Yo te sabré levantar,
nombre de infamia cubierto:
Jaime de Moncada ha muerto.

CAP-DE-FERRO.

¿Sí? (Guiñando un ojo y sonriendo maliciosamente.)

DON JAIME.

Yo soy Roque Guinart!

(Todos le siguen por el fondo con gran entusiasmo.—Se oyen dentro voces y disparos.)

CUADRO SEGUNDO.

ESCENA XVI.

Cae, cubriendo la decoracion de cárcel, un telon que representa un trozo del camino de Barcelona á Vilasar: aquella se distingue á un lado, y al otro el castillo. Despues de una pausa, CAP-DE-FERRO *disfrazado de mendigo, con barba y cabellos blancos, atraviesa la escena llevando al hombro un báculo, del cual pende un pañuelo con ropa. Desaparece, y despues de otra pausa, el telon vuelve á alzarse dejando ver la decoracion del*

CUADRO TERCERO.

Cámara del Conde en el castillo. En el fondo puerta que da á un corredor. Es de noche: la escena está iluminada por una lámpara que habrá sobre una mesa.

ESCENA XVII.

EL CONDE *sentado en un sillon; á sus piés y sobre un cojin* EULALIA, *que viste de negro, tiene un libro en la falda y lee;* RAMON *de pié y algo distante de ellos, mirando alternativamente al uno y al otro, dirigiendo tambien de cuando en cuando intranquilas y rápidas ojeadas á la puerta.*

EULALIA.

«Era Josef modelo de cordura
»y de piedad modelo;
»niño por la ternura,
»hombre por el valor; por la hermosura
»semejaba á los ángeles del cielo.

—

»A sus ojos el alma se asomaba
»como á la noche el dia;
»su lengua retrataba
»su noble pensamiento, y lo adornaba
»como el canto sonoro á la poesía.

—

»Mirándole Jacob, padre amoroso,
»temblaba el pobre viejo
»con el placer dichoso
»de la niña gentil de rostro hermoso
»que se mira copiada en un espejo...

(Los sollozos han ido poco á poco embargando la voz á Eulalia, que, al acabar de leer esta tercera estrofa, cierra el libro y llora. Pausa.)

CONDE.

¿Qué hay que á callar te obligue...
ni á llorar? ¿Estás loca?
—¿Qué decias de Jaime?... Sigue, sigue,
que nada encuentro que mi afan mitigue
como alabanzas suyas en tu boca.

RAMON.

Señor, ese es un libro que un poeta
ha escrito sobre el Viejo Testamento,
y ahí habla de Josef.

CONDE.

El alma inquieta
vuela tras su mitad y se completa
en el mundo feliz del pensamiento.
Todo te hace vivir en mi memoria,
y nada en mi presencia!—¡Hijo adorado!
¿cuándo y cómo saldrás de entre la escoria
donde tu desventura te ha arrojado

y mi rigor te deja abandonado!

RAMON.

Decid vuestra piedad, que le ha cubierto
la devorante boca del abismo.

EULALIA.

Pero le sacareis de allí, ¿no es cierto?
Pronto!... Mañana... (Tímidamente.)

CONDE.

¡Hoy mismo!

EULALIA.

Me engañais. (Triste y en són de queja.)

CONDE.

(Con fuego.) ¿Engañarte?
Vas á partir al punto á Barcelona (A Ramon.)
y á hablar con el Virey.

RAMON.

(Muy despacio, con una sonrisa de lástima y mirando fijamente al Conde.)

—¿De vuestra parte?

EULALIA.

(Que ha estado observando á Ramon, vivamente.)

Mejor es que le hableis vos en persona.
El camino es muy breve... y de ese modo
adquiriremos nuevos pormenores
de lo que aun á creer no me acomodo.
—Quizás... A veces nos la eclipsa todo
y... ¿quién ve la verdad sin sus fulgores?
¡Id á poner en claro su inocencia!

CONDE.

¿Su inocencia?

EULALIA.

Sí tal!

CONDE.

¡Ah!...

EULALIA.

Yo os lo fio.

CONDE.

(A Ramon.)

Tú cuidarás de Eulalia en esta ausencia.

RAMON.

(Amorosamente y dando un paso hácia ella.)

Eulalia hará mi ley de su albedrío.

EULALIA.

(Separándose de Ramon con repugnancia y abrazando al Conde.)

No, yo no os abandono, padre mio!
Yo iré con vos.

ESCENA XVIII.

DICHOS *y* GARCERAN.

GARCERÁN.

Señor, aquí hay un hombre
que os quiere hablar.

RAMON.

(El es! Él es sin duda!)

CONDE.

¿No te ha dicho su nombre?

GARCERÁN.

No.

RAMON.

(El odio vivo, la clemencia muda,
¿qué teme el corazon y qué desea?
Siento á la par dolor y regocijo.)

CONDE.

¿Qué quiere?

RAMON.

Acaso sea
algo importante...

CONDE.

¿Sabe de mi hijo?

RAMON.

¿La facha...

GARCERÁN.

Un pobre sucio y harapiento.

EULALIA.

¿Un desgraciado? Haced que éntre al mo-
(mento.

ESCENA XIX.

EULALIA, EL CONDE *y* RAMON; *en seguida* CAP-DE-FERRO, *introducido en la cámara por Garcerán, que se vuelve desde la puerta.*

EULALIA.

Bendigamos á Dios si nos presenta
ocasion de hacer bien que el nuestro atraiga.

CONDE.

Ruégale tú que nos lo tome en cuenta,
y sobre Jaime el galardon recaiga.

CAP-DE-FERRO.

Señor conde...

CONDE.

(Bondadoso.) Pasad.

RAMON.

(¿Habrá cumplido

mis órdenes?)

EULALIA.

—Venid.

(Dando la mano á Cap-de-ferro para llegar al centro de la escena; él finge andar trabajosamente.)

CAP-DE-FERRO.

El cielo os pague
la merced.

CONDE.

¿Qué quereis?

CAP-DE-FERRO.

Perdon os pido;
nada puedo deciros que os halague,
para corresponder á tantas pruebas
de noble caridad.

RAMON.

(Mi pecho estalla.)

CONDE.

Bien... mas...

CAP-DE-FERRO.

Soy portador de malas nuevas,

CONDE.

¡Y mi hijo?... (Pausa.)

EULALIA.

Calla...

RAMON.

(Calla!...)

CONDE.

¡Por qué calla?...

RAMON.

(¡Si ha errado el golpe!... ¡Si siguió fielmente

mi mandato cruel...)—Acabad!

CAP-DE-FERRO.

(Mirando al Conde.) Pero...

CONDE.

Sí. (Con voz débil.)

CAP-DE-FERRO.

Vuestro hijo ha bajado la pendiente
de la infamia, hasta el límite postrero.
En cuanto entró en la cárcel, puesto al (frente
de aquella vil canalla, formó un bando
con más de cien ladrones.
Incendiando el presidio...

CONDE.

(Incorporándose indignado.) ¡Horror!

CAP-DE-FERRO.

Causando
mil víctimas, salió de sus prisiones,
y al tocar la salida
se encontró cara á cara con las tropas
del Virey.

CONDE.

¿Qué fué de él?

CAP-DE-FERRO.

Perdió la vida:
aquí, tintas en sangre, están sus ropas.

(Les muestra el manteo de Jaime, que trae envuelto en el pañuelo colgado del báculo.)

CONDE, EULALIA *y* RAMON.

(Los tres á un tiempo: los dos primeros con expresion de dolor, y de espanto el tercero.)

¡Ah!...

CAP-DE-FERRO.

Yo le hallé postrado y casi inerte:
me llamo á sí y, haciéndome el encargo
de daros la noticia de su muerte
y este recuerdo singular y amargo,
acabó allí su desastrada suerte.

EULALIA.

(Que ha caído privada de sentido, siendo recogida por Ramon, que no se atreve á mirarla, y como en delirio.)

¡Jaime! ¡Jaime!...

RAMON.

(Aparte á Cap-de-ferro y rápidamente.)

(¿Que ha muerto?...

CAP-DE-FERRO.

Sí.)

CONDE.

(Procurando sobreponerse al dolor que le ahoga.)

Y, quién piensa,
que esa nueva fatal dolor me inspira?
Esta amargura horrible, íntima, inmensa,
no se llama dolor... se llama ira!
¡Ha muerto!... ¡No lo lloro! ¡No me aflijo!
No vale él estas lágrimas ardientes
que me escaldan el rostro. ¿Era él mi hijo?
¿Pueden los hombres enjendrar serpientes?

(Escuchando los sollozos de Eulalia.)

¡No más llanto! ¡No más!—En esta casa
nada ha ocurrido... ¿Ha muerto?... ¡Bien!
(¡Ha muerto!
—Pensareis que la nueva me traspasa
el corazon... ¿verdad? ¡Pues no, no es cierto!

Lo juro.... por las lágrimas que vierto!

(A Cap-de-ferro señalándole un taburete y cayendo en el sillon)

Sentaos... Descansad... Hace un instante...
Cuando aun no habiais venido... ¿Qué ocu-
(paba
nuestra mente?... ¡Ah! Una historia intere-
(sante.
La vida de Josef... Sigue adelante!

(A Eulalia, señalándole el libro.)

—Un mancebo gentil...—Acaba, acaba!
Tú no puedes leer... ¿Tienes los ojos
nublados por... ¡Angelical criatura!...

(Atrayéndosela y besándola en la frente.)

Hay caracteres débiles... y flojos...

(Volviéndose á Cap-de-ferro, como si disculpara la debilidad de Eulalia, y dirigiéndose en seguida á Ramon con energía.)

El tuyo es fuerte: acaba la lectura!

RAMON.

(Cogiendo el libro, que está abierto, y aparte á Cap-de-ferro.)

(¿Ha muerto?...

CAP-DE-FERRO.

Yo le he herido con mi mismo puñal.

RAMON.

¡Tráguenos juntos el abismo!

CAP-DE-FERRO.

¿Cuánto ofrecisteis dar? Diez mil ducados
al tomar posesion de estos estados.)

RAMON.

(Lee: comienza á turbarse en seguida y la impresion le empaña la voz. El actor adivinará, si es artista, lo que debe hacerse en esta situacion y lo que no debe hacerse.)

«Los once hermanos de Josef, sintieron

»hácia Josef envidia,
»y así que no pudieron
»hacerle odioso al padre, dispusieron
»darle la muerte con atroz perfidia.
»Rubén sintió á estos planes inhumanos
»rebelde el alma tierna,
»y dijo á sus hermanos
»(para librarle luego): ¿A qué las manos
»manchar en él? Echadle á esa cisterna.»

CONDE.

¿A tí tambien la historia te enternece?

EULALIA.

(Preocupada con una idea y con los ojos clavados en Ramon.)

(El pecho afirma... la razon fluctúa...)

RAMON.

(Si no pudo matarlo... él me parece
capaz de haber fingido...) (Mirando á Cap-de-ferro.)

EULALIA.

Continúa!

RAMON.

(Haciendo un esfuerzo y encontrándose á su pesar con la mirada de Eulalia cuantas veces su emocion le hace apartar la vista del libro, que al finalizar la estrofa se le cae al suelo.)

«Mataron una res cuando dejaron
»al mísero cautivo;
»la túnica empaparon
»en sangre, y á Jacob se la mostraron,
»el cual lloró por muerto al hijo vivo.»

CONDE.

¿Qué es esto?

RAMON.

(Tratando en vano de recoger el libro.)

Esto... no es nada...

EULALIA.

(A Ramon, animada por la energía que le presta la esperanza.)

¡Tú sentiste
siempre envidia por Jaime!

RAMON.

¿Yo!

EULALIA.

Tú quieres
tener su puesto aquí!

CONDE.

(Irguiéndose, como atraido por las palabras de Eulalia.)

Qué dice?...

EULALIA.

Tú eres
capaz de haber fingido...—¡Tú fingiste
de acuerdo con ese hombre...

CONDE.

Es cierto! Es cierto!

EULALIA.

Tu propia turbacion te ha descubierto...
¿Callas?

CONDE.

Callas? ¿Por qué? (Casi á un tiempo los dos.)

RAMON.

Yo no razono
las locuras ajenas.

CONDE.

(A Cap-de-ferro.) No nos prive

tu temor de la vida: te perdono:
¡habla!

CAP-DE-FERRO.

Don Jaime de Moncada ha muerto.

EULALIA.

¡No! Mientes! Mientes! (Con desesperacion.)

CONDE.

¡Jaime! Voy contigo...

(Vacilando y cayendo en los brazos de Cap-de-ferro, que le recoge y sostiene.)

CAP-DE-FERRO.

(El azar es mi amigo!)

(Sacando el pomo de la escena VIII, acercándolo primero á la nariz del Conde y vertiendo luego en sus labios una gota del licor que contiene.)

Aspirad esta esencia... (Ya se esconde
la vida en él: ya apénas se percibe.)

EULALIA.

¡Señor!... ¡Aquí! ¡Socorro!

(Saliendo despavorida por el foro.)

RAMON.

(Trémulo de angustia.) ¿Jaime vive!
¡Di que has mentido!... Por piedad! Responde!

CAP-DE-FERRO.

(Dejando caer en tierra el cuerpo del Conde y extendiendo la mano.)

Dadme diez mil ducados, señor Conde.

(Ramon lanza un grito y retrocede espantado: al mismo tiempo llega Eulalia con algunos criados por la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Selva espesa próxima á Barcelona. A la derecha un barranco practicable. A la izquierda la tienda de campaña de Roque Guinart. El mar á lo léjos. Son las seis de la tarde de un dia de verano, y el sol ilumina con viva claridad el fondo del teatro penetrando trabajosamente por el follaje que cubre todo el primer término.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon el MIÑON *y otros* BANDIDOS *aparecen formando caprichosos grupos: aquél y varios más echados en tierra y durmiendo. Un momento despues* DON QUIJOTE DE LA MANCHA, *cabalgando en Rocinante, atraviesa la escena; detras va* SANCHO PANZA, *puesto sobre el Rucio, y gran número de bandoleros los sigue con mucha algazara, entre ellos* EL VERMELL *y* EL NOY. DON QUIJOTE *no hace otra cosa que saludar á todos con la cabeza y con la mano:* SANCHO *sonrie beatíficamente, seguro de que no han de ofenderle los que le rodean.*

EL VERMELL.

Vaya en paz y norabuena
el terror de los valientes,
gloria de la Mancha, y mancha
de Alejandros y de Césares!
Condúzcale Rocinante,

con la prudencia que él suele,
á la inmortal Barcelona,
cuya fama sube y crece
apénas hoy Don Quijote
en su recinto penetre.

EL NOY.

Y sígale Sancho Panza,
gracioso y fiel como siempre,
acariciando la bolsa
que de milagro posee
y las alforjas, repletas
hasta que de aquí se aleje.

EL VERMELL.

Viva Don Quijote!

EL NOY.

¡Viva
el buen Sancho!

EL VERMELL.

Una y mil veces.

TODOS.

Vivan! (Don Quijote y Sancho han desaparecido ya por la derecha.)

DON JAIME.

(Dentro.) Mi potro.

ESCENA II.

DICHOS, *ménos* DON QUIJOTE *y* SANCHO: *el* MIÑON *se levanta bostezando y restregándose los ojos.*

EL MIÑON.

(Con mal humor.) ¡Qué bulla!

EL NOY.

No sabes lo que te pierdes

por dormilon.

EL MIÑON.

¿Era el loco
quien la causaba?

EL VERMELL.

Sí.

EL MIÑON.

Llévenle
mil diablos! Me ha hecho perder
el sueño más inocente
y más feliz... Figuraos
que estaba ahorcando á un corchete...

EL NOY.

¿Qué cuerdo junto á ese loco
tan cuerdo, puede ponerse?

EL VERMELL.

¿Y qué loco junto á un cuerdo
loco por diez y por veinte?

EL NOY.

¿Y el escudero? (Con entusiasmo.)

EL MIÑON.

¿Qué han dicho?
Vamos á ver. (Displicente.)

EL VERMELL.

Las sandeces
discretas de aquél, los chistes
y las necedades de éste,
los guardó para su pluma
Cide Hamete Benéngeli.
Pídele á Guinart el libro
impreso que los contiene;

allí están... y están de modo
que ni repetirse pueden.
—Vamos, muchachos. Mudemos
de lugar á los que duermen
y rodoblemos las guardias.
Mirad y poned corrientes
pedreñales y arcabuces:
aunque es de dia, sucede,
y es refran, que donde ménos
se piensa salta la liebre.

(Se va seguido de los bandoleros, que soplan las cuerdas á los arcabuces y examinan sus demas armas.)

ESCENA III.

EL MIÑON *y* CAP-DE-FERRO *que sale con precaucion de entre los árboles.*

CAP-DE-FERRO.

Miñon.

EL MIÑON.

Cap-de-Ferro!

CAP-DE-FERRO.

¿Y Roque...
de Moncada? (Con sorna y recalcando.)

EL MIÑON.

Pronto viene;
ha ido á Barcelona.—Pero...

CAP-DE-FERRO.

Necesito hablarle.

EL MIÑON.

¿Vuelve
al redil la descarriada
oveja?

CAP-DE-FERRO.

Si Roque quiere
admitirme, aumentaré
su partida con mis huestes.

EL MIÑON.

Ya sabemos que acabaste
la recluta anteayer miércoles.

CAP-DE-FERRO.

Y ayer mismo entré en campaña
con un éxito excelente.

EL MIÑON.

¿Qué medios has empleado
para reunir...

CAP-DE-FERRO.

Los de siempre.
La caza, la pesca...

EL MIÑON.

¡Explícame...

CAP-DE-FERRO.

Hombre, ¡qué curioso eres!

EL MIÑON.

Tengo amor al arte, y cuando
topa uno con quien le enseñe...

CAP-DE-FERRO.

El más seguro es la caza.
—Entras en un pueblo, adviertes
si pasa alguien por la calle,
y como sola la encuentres,
dejas tu bolsa en el suelo.

EL MIÑON.

Bien...

CAP-DE-FERRO.

Y en un portal te metes.
Pasa uno, mira la bolsa
y la guarda.

EL MIÑON.

Eso es de ene.

CAP DE-FERRO.

Sales tú entónces y dices,
si es preciso, deteniéndole:
«¿Vuesa Merced ha encontrado
una bolsa azul, ó verde,
que he perdido hace un instante?...»
—Como su merced te niegue
el hallazgo, ¡regocíjate,
Diógenes! cazaste un peje.

EL MIÑON.

Ya! ¿Y si me la da?

CAP-DE-FERRO.

Paciencia:
no siempre está uno de suerte.

EL MIÑON.

¿Y la pesca?

CAP-DE-FERRO.

Uf!—Esa es obra
que exige dias y meses...
Coges un jóven, lo llevas
donde beba y donde juegue...
Hoy pide prestado á uno,
mañana no paga á siete,
al otro roba á su padre,
y al otro...

EL MIÑON.

Al otro... si vuelve
en sí...

CAP-DE-FERRO.

(Meneando la cabeza.) *La vergüenza es cosa*
tan quebradiza y tan débil
que en cuanto se araña un poco
se descompone y se pierde.
—¿De qué te espantas?

EL MIÑON.

El diablo
ha hallado en tí un buen agente;
y aunque por tus picardías
á la postre te condenes,
¿no ha de dejar libre tu alma
quien tantas almas te debe?

CAP-DE-FERRO.

Sí... los libreros dan algo
al autor de lo que venden,
y esa confianza en el noble
Lucifer, me fortalece...
—Anoche fuimos á misa
á Mongat.

EL MIÑON.

—Ah! ¿fué tu gente
la que robó la custodia
de plata?

CAP-DE-FERRO.

(Humildemente.) Sí... el Señor puede
hacer de un grano de arena
un tesoro, y un pobrete

como yo, admira sus obras...
y las guarda reverente.

EL MIÑON.

Se me hace la boca agua...
¡vino de Sorrento, oyéndote!
—Nosotros somos bandidos...
honrados: Roque sostiene
que no es ladron, y se llama
«*El verdugo de los jueces.*»

CAP-DE-FERRO.

¿Qué me cuentas? (Con extrañeza.)

EL MIÑON.

Se propone
amparar al inocente
y castigar al culpable,
chico ó grande, calle ó suene,
y limpiar de bandoleros
estos lugares agrestes,
porque dice que vosotros
nos desprestigiais...—El duerme
tres ó cuatro horas lo más;
apénas si come y bebe;
vive de pié, siempre alerta,
y á los demas nos mantiene
con una contribucion
que pagan cuantos acierten
á pasar por donde estemos,
con arreglo á lo que lleven.

CAP-DE-FERRO.

¡Contribucion! (Riendo.)

EL MIÑON.

¿Pues gobiernan
de valde nunca los reyes?

CAP-DE-FERRO.

Esta es forzosa.

EL MIÑON.

El gobierno
á tiros las cobra á veces.
El oro pescado á aquél
que lo ganó malamente,
se reparte entre los pobres
y nos quedamos *asperges*...
—Te digo que somos santos...
forzosos; que nuestro jefe
ha adquirido tal renombre
en la comarca, que vienen
todas las tardes ancianos,
niños, hombres y mujeres
á presentarle sus pleitos
para que él se los sentencie;
que sólo robar nos deja
al ladron... y si no fuese
porque el tal oficio abunda
tanto en los tiempos presentes,
no seguia ni su sombra
al verdugo de los jueces,
Quijote de Cataluña
que en nada al manchego cede!

CAP-DE-FERRO.

(Turbado.) Yo... comprendo... Aquí hace falta
un hombre que mande... y pegue...

EL MIÑON.

¡Y pague!

CAP-DE-FERRO.

Pero... el secuestro
de la custodia...

EL MIÑON.

¿Qué?

CAP-DE-FERRO.

Quédese
entre nosotros. Cada uno
tiene un modo diferente
de ver las cosas... Yo quiero
que todo el mundo respete
mis escrúpulos... y miro
los ajenos como leyes. (Pausa.)

EL MIÑON.

¿Y el conde de Vilasar?

CAP-DE-FERRO.

¿Don Jaime ignora aún la muerte...
—sí, la *muerte* de su padre?

EL MIÑON.

Aún la ignora.

CAP-DE-FERRO.

Bien: conviene
callársela hasta el momento
en que mi amistad le pruebe
que no hay desgracia en el mundo
incapaz de componerse.

EL MIÑON.

No entiendo!

CAP-DE-FERRO.

Ni es necesario
que hagas tú lo que no sueles.
Ramon ha sido ya conde
más tiempo del que se debe
serlo por diez mil ducados;
y sacado el jugo á ese
limon, hay que estrujar otro,
el primero que se encuentre.

EL MIÑON.

Al ir á enterrar al conde
ocurrió, segun parece,
un lance...

CAP-DE-FERRO.

(Con afectada indiferencia.) Sí...

EL MIÑON.

Profanaron
su sepultura, y...

CAP-DE-FERRO.

(Prestando atencion á algun ruido exterior é interrumpiéndole.)

Ya viene
Roque Guinart: calla!

EL MIÑON.

Luego
me referirás...

CAP-DE-FERRO.

Se entiende.

(Apartándose á un lado con el Miñon.)

ESCENA IV.

DICHOS; DON JAIME, EL VERMELL, EL NOY *y* BANDIDOS *que se quedan en el fondo con el último.* DON JAIME *tendrá en este acto larga la barba y el cabello plateado por algunas canas.*

DON JAIME.

¿Que no descanso? ¿Y me dan
tus homilías reposo?

EL VERMELL.

Hoy estais tan ojeroso
y tan triste...

CAP-DE-FERRO.

Capitan.

DON JAIME.

Cap-de-ferro!

CAP-DE-FERRO.

Que con vos
quiere vivir y morir.

DON JAIME.

Morir... acaso: vivir,
conmigo... lo dudo.

CAP-DE-FERRO.

(Adios!)

DON JAIME.

Véte.

CAP-DE-FERRO.

(Malo!)

DON JAIME.

Porque andamos
por caminos diferentes,

y sólo... de puro ausentes,
es posible que vivamos.

CAP-DE-FERRO.

Tal vez no me hableis así
cuando sepais la... merced
que he hecho á vuestro padre...

DON JAIME.

¿A...

(Con ira, á los bandidos que se llevan á Cap de-ferro.) —¡Ved
que ese hombre me estorba aquí!

CAP-DE-FERRO.

(Pugnando por desasirse.)

Vuestra ignorancia no advierte
que os sirvo de mil maneras.
—Yo volveré.

DON JAIME.

Cuando quieras:
aquí te aguarda la muerte.

CAP-DE-FERRO.

Yo traeré tan firme escudo
sobre mi ropilla rota,
que apuesto á que en él se embota
vuestra indignacion.

DON JAIME.

Lo dudo.

ESCENA V.

LOS MISMOS, *ménos* CAP-DE-FERRO.

EL NOY.

Capitan, hay impaciencia
en los que esperan ya há rato.

DON JAIME

¿Y yo qué sé, mentecato? (Irritado.)
—Entren y empiece la audiencia.

EL VERMELL.

Hoy vais á pecar tal vez (Aparte á Don Jaime.)
de rigoroso...

DON JAIME.

Te engañas: (Calmándose.)
mis penas me son extrañas
cuando paso de hombre á juez.

ESCENA VI.

DICHOS *y* DOS LABRADORES *que entran conducidos por* EL NOY. *Don Jaime se sienta en una silla rústica que saca el Vermell de su tienda. Los bandidos se forman en semi-circulo por la escena: el teniente permanece de pié, siempre cerca del capitan, y todos se ponen medias máscaras.*

LABRADOR 1.º

¿Dónde está Roque Guinart?

DON JAIME.

Acercaos, labrador;
aquí le teneis.

LABRADOR 1.º

(Queriendo arrodillarse: Don Jaime lo impide.)

Señor,
dadme la mano á besar.

LABRADOR 2.º

Y á mí la mano y los piés.

LABRADOR 1.º

Os conocemos de fama,
y una rencilla nos llama

hácia vos.

DON JAIME.

Decid cuál es.

LABRADOR 2.º

Habla tú.

LABRADOR 1.º

Yo soy muy bolo.
Mejor es que hables tú.

LABRADOR 2.º

Tú.

LABRADOR 1.º

Tú!

LABRADOR 2.º

¡Tú!

LABRADOR 1.º

¡Tú! (D. Jaime sonríe con bondad.)

EL VERMELL.

¡Por Belcebú!
Mejor es que hable uno solo.

DON JAIME.

¿De dónde sois?

LABRADOR 1.º

De Belbís,
y primos, y servidores
vuestros: los dos labradores
más pobres de este país.
Criados juntos y al arrimo
de un padre tierno y honrado,
cada uno se ha casado
con la hermana de su primo.
Al humillar la cabeza

del trabajo al blando yugo,
hemos sacado algun jugo
de nuestra misma pobreza,
dando cultivo á un terron
donde cogemos el pan,
que, amasado con afan,
sabe mejor que jamon.

DON JAIME.

Y ¿qué os falta, desdichados?

LABRADOR 2.°

Paz.

LABRADOR 1.°

Un tio de Valencia
nos ha legado una herencia
de cuatrocientos ducados.

DON JAIME.

¿Por mitad?

LABRADOR 1.°

Eso... primero
hay que verlo...

LABRADOR 2.°

Porque pasa...

LABRADOR 1.°

Pasa que el diablo entró en casa
envuelto en ese dinero.
Cuando éramos dos pobretes
nos envidiaban los ricos;
miéntras que ahora... hasta los chicos
se saludan á cachetes!
Ya se ve, están viendo andar
á sus padres á la greña,

y... hay allí un olor á leña
que no se puede aguantar.
Nos queria el escribano
meter en un pleito, pero
comprendimos que el dinero
sólo iba á cambiar de mano...
y aquí venimos. Pesad
si hay más derecho en alguno,
que aceptamos de consuno
por ley vuestra voluntad.

LABRADOR 2.°

Éste no es más que sobrino
del tio Lino por un lado...

LABRADOR 1.°

Y éste habia regañado
hace un mes con el tio Lino.

DON JAIME.

Aquí el mejor acomodo
es que partais.

LABRADOR 2.°

¡Si el dinero
es todo mio!

LABRADOR 1.°

Prefiero
á partir, perderlo todo.

DON JAIME.

Bien, bien.—¿Y el dinero?

LABRADOR 1.°

Está
en esta bolsa.

(Saca una del fondo del pecho y la mira con ojos codiciosos y desconfiados.)

—Hoy me toca
guardarla á mí.

DON JAIME.

Punto en boca
y dadme esa bolsa acá (El labrador se la entrega.)
—Antes de heredar al tio
vivísteis sin un asomo
de rivalidad...

LABRADOR 2.°

¡Sí!

LABRADOR 1.°

Como
los pececicos del rio.

DON JAIME.

Entónces, líbreme Dios
del pensamiento funesto
que tuve de entregar esto (La bolsa.)
á uno de vosotros dos.

LABRADOR 1.°

¿Eh?...

LABRADOR 2.°

(Alarmado.) Pero...

DON JAIME.

En vuestro lugar,
de fijo, si algo hay que sóbre,
será gente vieja y pobre
que no pueda trabajar.
(Los dos labradores hacen con la cabeza un signo afirmativo.)
Pues ten, sé tú el limosnero,
(Al Vermell, dándole la bolsa.)
y nada, no economices...
(A los dos labradores que se le acercan asustados.)

—Id con Dios y sed felices:
ya no os lo estorba el dinero.

(Los labradores bajan la cabeza y se retiran avergonzados entre las carcajadas de los bandidos.)

ESCENA VII.

DICHOS, UN HOMBRE *y* UNA MUJER *que trae á aquél asido de una manga.*

LA MUJER.

Roque, este pícaro...

EL HOMBRE.

(Inclinándose) Antonio
Remolá, humilde criado
vuestro.

LA MUJER.

Hace un año me ha dado
palabra de matrimonio
y no la quiere cumplir...

EL HOMBRE.

¿No nos basta con ser primos?

LA MUJER.

Y en el pueblo en que vivimos
ha comenzado á cundir
un rumor que mi honra amengua,
y á fe, á fe, Dios es testigo...

EL HOMBRE.

Sí que lo es.

LA MUJER.

¿Qué decis?

DON JAIME.

Digo

que no se os traba la lengua.
¿Eso es verdad? (Al hombre.)

EL HOMBRE.

No lo puedo
negar, que, á poder, lo haria.

DON JAIME.

¿Por qué no os casais?

EL HOMBRE.

Seria
capaz de creer que es por miedo.

DON JAIME.

¿Por miedo?

EL HOMBRE.

Sí.

DON JAIME.

¿A qué?

EL HOMBRE.

A casarme.

DON JAIME.

Pues armaos de valor,
que os vais á casar.

EL HOMBRE.

Señor,
ya no me queda un adarme.

DON JAIME.

Id á la ermita, y que al punto (A varios bandidos.
los despose Pedro Aznar.

LA MUJER.

Vamos! (Tirando de él.)

EL HOMBRE.

¿Os quereis casar, (Rengueando.)

señora, con un difunto?

LA MUJER.

Os debo la honra!

(Yendo á arrodillarse: Don Jaime la levanta.)

DON JAIME.

Un momento.
—Apenas esté casada
esta dama recatada,
la llevareis á un convento,
donde entrará sin que sea
preciso obligarla.

LA MUJER.

¡A mí?
¿Por qué?...

DON JAIME.

Y tú te iras de aquí (Al hombre.)
á donde yo no te vea.
—Que quien tan livianamente
su honor entregó al amante,
no podrá nunca delante
del esposo alzar la frente;
ni podrá vivir serena
con aquel que al mal la indujo,
que el que á su mujer sedujo
no respetará la ajena.

(Se van el hombre y la mujer con varios bandidos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, UN FABRICANTE *y* UN TEJEDOR *que al salir los dos personajes anteriores han asomado la cabeza por la izquierda.*

DON JAIME.

¿Quedan muchos?

EL FABRICANTE.

No, señor:
nosotros, que en un instante
concluimos. Soy fabricante
de lana...

EL TEJEDOR.

Y yo tejedor.

EL FABRICANTE.

Mis negocios van muy mal;
nadie á comprar se decide,
y este zángano me pide
un aumento de jornal.
¿No es su pretension absurda?
¿Se apoya en algun motivo
razonable?

EL TEJEDOR.

Es que... Yo vivo
metido en una zahurda;
y aunque arrimo á troche y moche
el hombro al rudo trabajo,
aunque trabajo á destajo
por mañana, tarde y noche,
no puedo dar de comer
con la miseria que gano

á un padre enfermo y anciano,
cinco hijos y una mujer.

EL FABRICANTE.

Tu ejemplo, á la rebelion
excita á tus compañeros;
tú haces...

EL TEJEDOR.

¡Yo quisiera veros
en mi misma situacion...

EL FABRICANTE.

¿Piensas, porque rico estoy,
que empecé de otra manera?

EL TEJEDOR.

Que á ser vos yo, acaso ardiera
toda la fábrica hoy!

DON JAIME.

Basta! Aunque no estés sujeto
(Al Tejedor, con firmeza.)
á su antojo por tu suerte,
tu amo debe merecerte
gratitud.

EL TEJEDOR.

—¡Mucha!... (Irónicamente.)

DON JAIME.

Y respeto!
Por él está asegurada
tu existencia.

EL TEJEDOR.

¡De qué modo!...

DON JAIME.

Puedes pedírselo todo

por favor; por fuerza, nada.
Y recibir satisfecho
lo que á mis ruegos concluya
dándote; que, al fin, es tuya
la pobreza, no el derecho.
Apártate.. (Al Fabricante, con energía.)—(¡Mejorad
al punto su situacion!)

(Volviéndose primero al Tejedor y luego á aquél.)

El pobre, resignacion...
—(Pero el rico, ¡caridad!)

ESCENA IX.

DON JAIME, EL VERMELL *y los bandidos, que se retiran en seguida, quedando únicamente en escena los dos primeros. Ha comenzado á caer la tarde. Se quitan las máscaras.*

EL VERMELL.

¿Se cierra la audiencia?

DON JAIME.

Sí.
A su puesto cada uno,
y dejadme sólo aquí.

EL VERMELL.

(Disponiéndose á seguir á los demas, pero interrogando con la mirada á Don Jaime. No quiere abandonarle.)

¿Yo tambien?

DON JAIME.

No.

EL VERMELL.

Si importuno...

DON JAIME.

Tú formas parte de mí. (Deteniéndole cariñosamente.)
Tú eres ya mi único amigo,
el sér con quien hoy confundo
mi propio sér; el testigo
de lo que le callo al mundo,
de lo que ni á mí me digo!
Tú, en aquel terrible dia,
contra el fuego que me hacia
el Virey, el pecho hidalgo
pusiste.

EL VERMELL.

(Sencillamente.) ¿Y pudo hacer algo
ménos quien por vos vivia?

DON JAIME.

Corazon de bronce y oro,
que en la lealtad que acrisolas
purificas tu desdoro,
al verme contigo... á solas,
hasta sonrío... hasta lloro!

EL VERMELL.

Señor...

DON JAIME.

(Con involuntaria dureza primero: únicamente con tristeza despues.)

¡Calla! Te lo ruego...

EL VERMELL.

¡Si os baña el sudor la frente!

DON JAIME.

(Cogiéndole de la mano y señalándole el panorama que se ve en el fondo; el sol desaparece en las ondas y el resplandor rojizo del crepúsculo ilumina algunos instantes la escena)

¡Ven!... Mira con qué sosiego

sepulta el disco de fuego
en el mar el sol poniente!...

EL VERMELL.

¿Qué sentís? (Notando que Don Jaime se estremece.)

DON JAIME.

(Sentándose en un peñasco.) Sed y calor.

(El Vermell se arroja por el barranco: Don Jaime prosigue sin notar su ausencia y contemplando el horizonte.)

—No fué mi primer albor
ménos puro que tu aurora,
y tambien somos ahora
iguales... ¡en el rubor!
Pronto la noche cercana
me prestará su capuz...
Véte, véte y engalana
otros mundos... y mañana
bañe mi tumba tu luz!
Pero nó, que mi existencia
es necesaria á otros séres,
y esto á vivir me sentencia...
Tú te vas... ¡Qué diferencia
entre ambos! ¡Qué feliz eres,
Esta tierra, dividida (La oscuridad aumenta por grados.)
en bandos siempre, teñida
siempre por sangre de hermanos,
tiene ya su honra, su vida,
su porvenir en mis manos.
¡Ah!... Sujeto á perecer,
el hombre nace á sufrir;
vive para padecer,
y no es dueño de escoger

ni el momento de morir!
¡Dios su balanza me entrega;
yo de su justicia en pos
corro ansioso... y me la niega!
¿Un hombre, Dios mio, llega
á ser más justo que vos!
¿Yo solo entre mil malvados,
contrito, no hallo concordia
en vuestros ojos airados?
¿Son más grandes mis pecados
que vuestra misericordia?...
¡Y hay luz. . ambiente fragante....
flores donde piso yo,
maldecido navegante
que muere ahogado delante
de la playa en que nació!
¡Y para mayor tormento
viene á dar amargo aumento
á mi presente agonía,
el rebelde pensamiento
de la pasada alegría!
Así, cuando todo calla,
rompiendo altiva la valla
del monte, tras él se encumbra
la luna, y sale y alumbra
el lugar de la batalla.—
Venturas de la niñez,
mi gloria ayer y hoy mi infierno,
ambiciosa candidez...
caricias de un padre tierno...
sueños llenos de honradez...

castillo... bosques, con más
dulces recuerdos que hojas,
¿por qué os miro tan atrás?
¿Es, pasado, que te enojas
cuando en mí presente estás?
¡Eulalia! ¡Ni á tí te encuentro!
Te busco; mas aunque hay parte
de tí de mi alma en el centro,
estás tan dentro... tan dentro...
que no consigo encontrarte!
Al fin de copiarme trato
la imágen que el insensato
corazon guarda y desea,
y ni mi amorosa idea
puede trazar tu retrato.
En este constante anhelo,
en este perpétuo afan,
mi alma al bien tiende su vuelo
como las águilas van
desde la tierra hasta el cielo.
Y cuando más engreida
el falso placer apura,
aprende en la propia herida
que se mide por la altura
el dolor de la caida! (Pausa.)
—Me ahoga el cansancio... y la sed...
¡Agua!

EL VERMELL.

(Que sale del barranco y trae el sombrero lleno de agua.)

Capitan, bebed

DON JAIME.

(Reparando en la sangre que mancha su frente.)

¿Qué es esto? ¡Sangre...

EL VERMELL.

Sí tal,
me he escurrido y...—Pero, ved:
es del mismo manantial! (Orgulloso.)
—¿Qué haceis?

(D. Jaime ha empapado su pañuelo en el agua y con ella borra la sangre de la frente del Vermell dejando descubiertas las antiguas y las nuevas cicatrices.)

DON JAIME.

Emplear dignamente
tan generosa conquista.

EL VERMELL.

¡Vos lavándome la frente!

DON JAIME.

Las heridas de un valiente
deben estar á la vista.

(Arrojando al suelo el agua que queda en el sombrero y devolviéndolo al Vermell, quien, á pesar de los esfuerzos de Don Jaime, se arrodilla y le besa repetidas veces la mano.)

Esta es leve recompensa;
pero en tanto que otra hallo...

EL VERMELL.

Haceis á mi amor ofensa.

UNA VOZ.

¡Ah! (Dentro.)

DON JAIME.

¡Ese grito...

EL VERMELL.

(Mirando hácia la derecha.) Es un caballo

desbocado... Y con tan densa
oscuridad... hum! recelo
que va á estrellarse.

LA VOZ.

(Más cerca.) ¡Ay de mí!

(Rumor de los bandidos.)

DON JAIME.

¡Esa voz...

EL VERMELL.

¡Corramos!

(Entrándose: Don Jaime quiere seguirle y no puede.)

DON JAIME.

Sí!
—¿Por qué se clava en el suelo
mi pié apénas lo moví?
Me ha herido el alma ese grito,
y en mis entrañas su horror
vibra con eco infinito...
¿Por qué me falta el valor
cuando más lo necesito?

EL VERMELL.

(Volviendo á salir.) Vaya! Al fin en su carrera
han podido contener
el caballo.

DON JAIME.

¿Sí? Y... ¿quién era?
¿Un viajero...

EL VERMELL.

(Sonriendo.) Una viajera.

DON JAIME.

¿Qué dices? ¿Una mujer!

EL VERMELL.

Una mujer dizfrazada
de hombre: en cuanto fué enterada
por los demas compañeros
de quién sois...

DON JAIME.

¿Qué quiere?

EL VERMELL.

Veros
y hablaros...
(Observando que Don Jaime hace un gesto de disgusto.)
Si eso os enfada...

DON JAIME.

Sí... Me enfada. (Siempre fija
su idea en mí!) Que le den
cuantos socorros exija...
y, hasta donde se dirija,
acompáñala tú.

EL VERMELL.

Bien.

DON JAIME.

Pero verla, no... (Deteniéndole y soltándole.)
—No! Anda!

VARIOS BANDIDOS.

¡Atrás! (Dentro.)

LA VOZ.

¡Paso!

DON JAIME.

(Adelantándose.) ¿Qué sucede?

ESCENA X.

DICHOS *y* EULALIA *en el traje con que pinta Cervantes á «Cláudia Jerónima» en su obra inmortal. Traje de damasco verde con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca (vestidura rústica, abierta por la espalda, especie de clámide) sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas doradas, pero armada únicamente con un puñal que esconde en el pecho. Ella avanza, y* EL MIÑON *y otros bandidos la sujetan groseramente por los brazos á pesar de su resistencia. Algunos traen hachas de viento cuyo resplandor ilumina débilmente el teatro y deja ver á* EULALIA.

EULALIA.

Vuestro capitan no puede
excusarse á mi demanda.

DON JAIME.

(Es ella!...)

EULALIA.

Roque Guinart
es bueno!

DON JAIME.

(Poniéndose precipitadamente la mascarilla.)

(Que no me vea!)

EULALIA.

Y acoge, sea quien sea,
al que le viene á buscar.
Yo tengo de ello noticia;
que llegó hasta mí su fama,
y Cataluña le aclama
el sostén de la justicia!

(Queriendo avanzar: los bandidos la detienen.)

—Soltad!

EL MIÑON.

Siento lastimarte
y que otro que yo te toque.
—Esta presa, señor Roque,
se sortea ó se reparte?

DON JAIME.

(Lanzándose sobre su gente y arrancando á Eulalia de su poder.)

¡Atrás, canalla!

EULALIA.

(Despues de una pausa, sorprendida, confusa, sin explicarse lo que pasa por ella.)

—¡Tú!...—No...
¡Vos...

DON JAIME.

(Aunque me esconda y huya,
mi alma está ya con la suya
diciéndole quién soy yo!)

EULALIA.

(¿No me engañan los sentidos?
¿No es él? Pueriles antojos!
Su imágen quedó en mis ojos
y su voz en mis oidos,
y no puedo ver ni oir
nada á través de ese encanto!)

DON JAIME.

Señora, dad tregua al llanto,
si quejas vais á decir;
que si viéndolo brotar
oigo quien lo hace correr,
sospecho que no va á ser

hoy bueno Roque Guinart.
—¿Qué quereis?

EULALIA.

(Con timidez; suplicante.) Solos los dos...

DON JAIME.

Obedeced su deseo. (A los bandidos, que se apartan.)

EULALIA.

(En todas partes le veo,
que está en todo como Dios!)
—Libradme del más villano
de los hombres; del que tuerce
mi albedrío porque ejerce
la autoridad de un anciano
amparo de mi orfandad,
de mi porvenir incierto.

DON JAIME.

Y... ese anciano...

EULALIA.

Ha muerto.

DON JAIME.

¡Ha muerto!...

(Sobreponiéndose trabajosamente á la impresion que recibe.)

(Cielos!... ¿Y vuestra piedad?...)

EULALIA.

¿Os interesan mis penas?...
Siempre fué noble el valiente!

DON JAIME.

Sí... Mi alma lo mismo siente
las propias que las ajenas.
—¿Qué le mató?

EULALIA.

Una impresion
dolorosa.

DON JAIME.

¿Cuál? (Agitado.)

EULALIA.

Tenia
un hijo...

DON JAIME.

¿Ya no?

EULALIA.

No... Habia
parado en una prision...
A mi alma la suya trajo
de luz el primer destello...
Se fué... Como todo aquello
que queremos aquí abajo.

DON JAIME.

¿Y vos... (Necio! qué deseas
oir?) Creisteis quizás
que era...

EULALIA.

¿Él ladron? ¿Yo! ¡Jamás!

DON JAIME.

¿Jamás!... (Ay! Bendita seas!)
(Dominando un impulso que le arrastra á ella: haciendo un supremo esfuerzo sobre sí mismo y continuando con violenta serenidad.)
Muerto... el anciano...

EULALIA.

Pasó
la más extraña aventura:

hallamos la sepultura
abierta, y no se encontró
el cuerpo.

DON JAIME.

Ah! Pronto! Quién fué
(Con la cólera y el dolor del leon herido.)
capaz de crímen tan grave
donde vivo yo? ¿Se sabe?
No? Yo lo averiguaré!—
Seguid!

EULALIA.

Desde aquel momento
quedé sola con el conde
actual. Su alma corresponde
á su indigno nacimiento,
y un amor que creer le plugo
que hice nacer yo... ¡yo... en él!...
lo volvió mi más cruel
enemigo, mi verdugo.
Gastada mi fuerza toda,
comprendiendo que no habia
otro medio, al fin un dia
—ayer—consentí en la boda
con aparente humildad.

DON JAIME.

¡Al fin...

EULALIA.

¿Qué quereis que hiciera?
No tenia otra manera
de adquirir mi libertad.

DON JAIME.

¿Es decir...

EULALIA.

Si no ¿á qué efecto
ceder, y con qué esperanza?
Le he infundido confianza,
y he realizado el proyecto
disfrazándome segun
veis, segura y arrogante,
bajo un traje de mi amante
cuando era muy niño aún...

(Mirándolo cariñosamente y recobrando al momento su energía.)

huyendo de la nupcial
ceremonia á la hora expresa,
por aliento mi honra ilesa
y por guardia este puñal!

(Saca uno del pecho y lo blande.)

—¿Qué os sorprende?

DON JAIME.

¿Quién inflama
ese pecho?

EULALIA.

Soy mujer,
y la mujer es un sér
que vive de lo que ama.
Cuando llega la ocasion
encuentro en mí fuerza y brío,
que me los da el dueño mio
que áun vive en mi corazon.

(Don Jaime da un paso hácia ella manifestando en el semblante la emocion que experimenta.)

—Y sabré morir si hay quien
no me respete, os lo advierto:
yo soy de Dios y del muerto!

DON JAIME.

(Arrancándose la careta y sollozando, sin poderse contener.)

¡Eulalia, Eulalia, haces bien!

EULALIA.

¡Jaime!... Vive!... ¡Y la mitad
de él lo dudaba y vivia!
¡Jaime!

DON JAIME.

(Retrocediendo.) No!

EULALIA.

(Abriéndole los brazos.) ¡Jaime!

DON JAIME.

(Vacilando un instante y yendo por fin á caer en ellos.)

¡Alma mia!
¡Yo en tus brazos! ¿Es verdad!

EULALIA.

¡Ay corazon, ya tu duelo
no existe ni en la memoria!

DON JAIME.

Señor! Niégame tu gloria:
yo ya sé lo que es el cielo!

(Permanecen algunos momentos abrazados, y de pronto dice:)

EULALIA.

Pero... al verme en tu presencia
me abandona la razon.
—Apénas haya Ramon
echado de ver mi ausencia,
habrá salido tal vez

á buscarme...

DON JAIME.

¡Qué importuno
recelo!

EULALIA.

Y por cada uno
de tus hombres, traerá diez;
porque la inseguridad
de esta tierra es cada dia
mayor, y su valentía
no raya en temeridad.

DON JAIME.

Yo siempre seré el más fuerte
teniéndote de mi parte.
Él lucha por alcanzarte,
yo lucho por no perderte...
Y aunque venga aquí detrás
del bien que adoro y venero,
ni Ramon, ni el mundo entero
te arranca de donde estás!

(Estrechándola contra su pecho, tranquilo y orgulloso.)

ESCENA XI.

DICHOS *y* EL NOY, *que avanza y toca en el hombro á* DON JAIME.

DON JAIME.

¡Quién?

EL NOY.

Cap-de-ferro está ahí...
y el Conde de Vilasar.

(Recordando y pronunciando el título con algun trabajo.)

DON JAIME.

Mi hermano! (Eulalia se refugia en Don Jaime.)

EL NOY.

Os quieren hablar.

DON JAIME.

¿Los dos vienen juntos?

EL NOY.

Sí.

DON JAIME.

Oh! Cómo se aclara todo,
todo á mi vista!...

EULALIA.

¡Por Dios,
Jaime!

DON JAIME.

Traedme acá á los dos
atados codo con codo! (Vánse el Noy y otros bandidos.)
—Vas á ver bajar los cuellos
á los tigres como ovejas. (A Eulalia.)
¿Tiemblas ya?

EULALIA.

Sí...

DON JAIME.

Pues ¿qué dejas
entónces que hacer á ellos?

ESCENA XII.

DICHOS; EL CONDE DE VILASAR *y* CAP-DE-FERRO, *atados codo con codo y rodeados de* BANDIDOS *que los conducen á empellones. La oscuridad no permite distinguir sus rostros.*

EL NOY.

Así el capitan lo dijo,
y es ley nuestra su deseo.

DON JAIME.

Un hacha! ¡Ramon!

(Tomando una que tiene un bandido y dirigiéndose con voz de trueno á los prisioneros: la luz ilumina el rostro de su padre y el del mismo Jaime, y la emocion de éste la hace caer inmediatamente de sus manos.)

—¿Qué veo!...

EULALIA.

¡Jesús!

CONDE.

¡Jaime!

DON JAIME.

Padre!

(Gritando y arrojándose en los brazos de su padre que quiere y no puede hacerlo á su vez con él.)

CONDE.

¡Hijo! (Pausa.)
¡Yo no te puedo abrazar!

DON JAIME.

¿Quién á ataros se ha atrevido
así?

CONDE.

La órden de un bandido
que llaman Roque Guinart.

DON JAIME.

¡Oh!

CONDE.

A quien un chiste sangriento
juez apellida tambien,
porque aspira á hacer el bien
con el mal por instrumento.

(Don Jaime baja la cabeza y el Conde prosigue cambiando de tono.)

Pero que en sí vuelve ya
y de serlo deja hoy.

CAP-DE-FERRO.

¿No nos soltais?

DON JAIME.

(Alzando la cabeza al oir la voz de Cap-de-ferro.) Sí... lo voy
á dejar pronto quizá;
mas, por vuestra santa vida,
por el bien que más codicio...

(Mirando con amorosa fiereza á Eulalia.)

prometo hacer á mi oficio
una buena despedida!
¡Acero volver quisiera
el cordel de vuestros lazos!

(Rompiendo, á costa de un gran esfuerzo, las ligaduras del Conde, que queda libre.)

Padre, venid á mis brazos!
—Vermell! mátame esa fiera!

(Señalándole á Cap-de-ferro.)

CAP-DE-FERRO.

Haced de mí lo que os cuadre;
sólo que mireis exijo
que el padre me debe un hijo,

que el hijo me debe un padre.

CONDE.

(Con amargura y contestando á la mirada interrogativa de Don Jaime.)

Sí.

CAP-DE-FERRO.

Ramon os considera
muertos: vuestro bien, su yerro,
estuvo en que á Cap-de-ferro
como cómplice eligiera.
Él quiso que de los dos
mi puñal le libertara,
y yo me uní con él... para
libraros á vos... y á vos!
Él juzgó veneno activo (Al Conde.)
un narcótico süave;
y si no es por mí, Dios sabe
que os veis enterrado vivo.
Yo salvé vuestra existencia,
yo os dí un abrigo á mi lado,
yo del hijo calumniado
os declaré la inocencia;
vos, gracias á mí, tendreis (A Don Jaime.)
padre y honra entre los buenos...
Por estúpido, lo ménos
que merezco es que me ahorqueis.

DON JAIME.

(Con calma feroz, á los bandidos que sueltan á Cap-de-ferro, y á éste despues.)

Soltadle.—Si quieres, ven
con todos: se te concede...
—Es un asesino: puede

hacer daño, y mucho, y bien!—
Dios justo, no pongas coto
á mi piadosa fiereza:
la madre naturaleza
su santo vínculo ha roto.
Yo ante tu faz celestial
y ante esas viles criaturas,
desgarro en mis vestiduras
el vínculo fraternal!

(Rasgándose el traje desde el cuello hasta la media cota.)

¡Hoy es mia tu balanza!
Bandidos! Arrodillaos,
besad esos piés!

(Los de su padre: todos le obedecen y el Vermell el primero.)

¡Alzaos,
ministros de mi venganza!

EULALIA.

¿Qué intentas?

DON JAIME.

Dar un horrible
castigo á un crímen nefando.

CONDE.

Jaime!

DON JAIME.

Vos debeis ser blando:
yo debo ser inflexible. (Al Vermell, llevándole aparte.)
Te ofrecí una recompensa
y lo ofrecido mantengo;
y á fe que la que te vengo
á dar es grande... ¡es inmensa!
Héla aquí! Toma!

(Sacando la daga que lleva en el cinto y entregándosela.)

El traidor
fratricida, el inhumano
parricida, es... ¡es mi hermano!

(Llorando de cólera, y con salvaje energía despues.)

¡Tú serás su matador!

(El Vermell blande la daga con orgullo.)

CONDE.

¡Jaime!

EULALIA.

¡Escucha!

DON JAIME.

A Vilasar!

CONDE.

¡Yo perdono á mi hijo!

DON JAIME.

¿Cierto?
Yo tambien, despues de muerto.
—Seguid á Roque Guinart!

VOCES.

(Dentro.) ¡Alerta! ¡Atrás!

DON JAIME.

(A su gente que retrocede.) ¿Qué temor
os acobarda, menguados?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS; EL NOY, *que sale apresuradamente por la derecha, y luego* RAMON *y* CRIADOS *con mosquetes.*

EL NOY..

Más de ochenta hombres armados
cercan el bosque, señor!

DON JAIME.

(Serenándose.) ¿Y por tan poco te apuras?
El miedo es un sentimiento
que ve con ojos de aumento,
y más que con luz, á oscuras.

EL VERMELL.

(Aparte á Don Jaime.) (Será el Virey?

DON JAIME.

Creo que sí.

EL VERMELL.

Y ¿cómo se le resiste...)

DON JAIME.

Calma! En nosotros consiste
que no lleguen hasta aquí.
¿Hay más que irlos á buscar
apénas veamos por donde
avanzan?—¡Quién vive? (Hablando con una bocina.)

RAMON.

(Dentro.) El Conde
Don Ramon de Vilasar.

DON JAIME.

Ah!—Vermell, la daga empuña
y tu defensa apercibe! (Se pone la máscara.)
—Venid vosotros!

(Haciendo entrar en la tienda á Eulalia y á su padre.)

RAMON.

(Más cerca.) —¿Quién vive?

DON JAIME.

¡El amo de Cataluña!

RAMON.

¿Quién?

DON JAIME.

Roque Guinart... y ved
que muy vivo todavía! (Saca la espada.)

RAMON.

(Que entra adelantándose á su tropa, la cual asoma por la derecha.)

Aguardad, por vida mia,
y las armas deponed.
—Tú eres el Guinart amigo
de lo bueno y de lo justo?
Pues no enfado, sino gusto,
tengo al hallarme contigo,
cuya fama me asegura
contra el riesgo más pequeño,
y promete hacerme dueño
otra vez de mi ventura.

DON JAIME.

¿Qué celada urdís, villanos?

RAMON.

No vengo á moverte guerra.
—Posad las armas en tierra.

(Los criados dan en el suelo con las culatas de sus mosquetes.)

Vengo á ponerme en tus manos.

DON JAIME.

¡Vos!

RAMON.

A que me auxilies.

DON JAIME.

¡Vos!
¿Vos demandándome ayuda!...

RAMON.

Por juez te elijo.

DON JAIME.

¡Y se duda
de la justicia de Dios!
—Vuestro juez seré, os lo fio.

(Sentándose en la silla: los demas personajes se reparten como en las escenas VI, VII y VIII por el fondo del teatro y en semi-círculo. La luna ha ido saliendo y alumbra el cuadro hasta el final.)

RAMON.

(¿Qué hay de este hombre en el acento?
¿Por qué al mirarle me siento
mucho más suyo que mio?
Jaime ha muerto. Ya Ramon
hizo polvo su cadena.
La voz que me acusa, suena
dentro de mi corazon.)

DON JAIME.

Os oigo.

RAMON.

Un funesto azar,
que en vano olvidar procuro,
transformó al bastardo oscuro
en conde de Vilasar.
La mujer á quien sencillo
mi fe dí, que parecia
ayer dispuesta á ser mia,
se ha fugado del castillo.
Si de hallarla encuentras modo,
tuyo á declarar me avengo
la mitad de lo que tengo.

DON JAIME.

La mitad?...

RAMON.

Ó todo.

DON JAIME.

¡Todo!

RAMON.

Bien!

DON JAIME.

Dicen que esa doncella
nunca os mostró la más leve
simpatía.

RAMON.

¿Quién se atreve
á repetírmelo?

DON JAIME.

(Entrando en la tienda y sacando á Eulalia de la mano.)

Ella.

(Ramon va á hablar dominando su sorpresa; Don Jaime prosigue sin darle reposo.)

—Dicen tambien, y obligado
estais á negar el hecho,
que os veis sin ningun derecho
en posesion del condado.

RAMON.

¿Quién con farsa tan ruin
de tu sencillez abusa?
¿Quién dice eso?

DON JAIME.

Quien te acusa
del pecado de Cain!
Este hombre. (Señalando á Cap-de-ferro, que avanza.)

RAMON.

(Haciendo un esfuerzo.) Este hombre faltó

á la verdad si tal dijo...
—¿Hay pruebas? Yo os las exijo!

DON JAIME.

(Adelantándose, encarándose con Ramon y arrancándose la máscara.)

Todas van donde voy yo!

RAMON.

¡Jaime!...

DON JAIME.

El traidor esta vez
ni áun consigo fué leal...
¡y ha elegido el criminal
á su víctima por juez!

RAMON.

Ignoro si un sueño vano

(Retirándose poco á poco hácia su gente.)

engendra en mí estas ideas,
pero, aunque en efecto seas
Jaime Moncada mi hermano,
debo dar al verte así
un castigo á tus errores.
—Hola! A mí mis servidores!

(Todos se aprestan á la lucha.)

CONDE.

(Saliendo de la tienda, bañada su figura por la luz de la luna que ilumina aquella parte de la escena.)

¡Mis servidores, á mí!

RAMON.

¡Ah! (Dando un grito y cayendo de rodillas.)

CONDE.

En tu camino el furor
de los cielos me ha lanzado.

RAMON.

(A los suyos.) Amparadme!

CONDE.

No: el criado
obedece á su señor.
—Prendedle.

(Prenden á Ramon los mismos criados que ha traido.)

Aun me guardan ley.
(A Don Jaime.) Cuida tú de su persona.

DON JAIME.

Pues vos...

CONDE.

Parto á Barcelona
para rogar al Virey
que olvide á Roque Guinart,
vivo tan sólo en la fama;
que indulte al que ya se llama
el conde de Vilasar.

DON JAIME.

Padre!

CONDE.

Mi afecto este dón
gustoso al buen hijo ofrece.

EULALIA.

(Mirando compasiva á Ramon.)

¿Y el malo...

CONDE.

¡El malo, merece...

DON JAIME.

Lástima.

CONDE.

Olvido. (Apartando la vista de él.)

EULALIA.

Perdon.

DON JAIME.

(A los bandidos, cuyo círculo ha ido estrechando en torno suyo la curiosidad.)

Huya quien no quiera unir,
de hoy más, su suerte á la mia;
en mi mano hay todavía
estandarte que seguir.
¡A Italia, donde al valor
gloria ó muerte da la guerra!
Lidiando por nuestra tierra
cosecharemos honor!
Allí con todos sabré (Al Conde.)
si el indulto se concede.

EULALIA.

¡Jaime!

DON JAIME.

(Cogiéndole las manos y poniéndolas sobre su corazon.)

Este es tuyo, y no puede
engañarme: volveré.

FIN DEL DRAMA.

NOTAS.

Roque Guinart se estrenó en el teatro Español la noche del 24 de Octubre de 1874. Fué representado por las señoras Mendoza-Tenorio, Fernandez, Gomez, y Chafino, y los señores Catalina, Cepillo, Parreño, Morales, Alisedo, Caballero, Castro, Castilla, Calvo, Pastrana, Romea (D. Florencio y D. Julian), Martinez, Moll, Mazoli, etc.

El director de orquesta de dicho coliseo, D. Lázaro Nuñez Robres, compuso una linda pieza instrumental para el segundo acto.

Las dos tiradas de versos, impresas en letra bastardilla, de las escenas XV del acto segundo y III del tercero pueden suprimirse para la representacion.

Pronúnciese *Guinar* y no *Guinart*, como va impreso siempre, este apellido catalan, corrupcion, segun varios eruditos, del de *Guinarda* ó *Guiñarte*, que era el verdadero del célebre bandido inmortalizado por Cervantes.

Por *derecha* é *izquierda* entiéndase siempre la del actor.

OBRAS DE SHAKSPEARE. Magnífica edicion, 10 rs. cada t en Madrid; 12 en provincias. Se han publicado:
Otelo.—Mucho ruido para nada..... 1 tc
Romeo y Julieta.—Como gusteis..... 1
El Mercader de Venecia.—Medida por medida..... 1
La Tempestad.—La noche de Reyes..... 1
Hamlet.—Las alegres comadres de Windsor..... 1

BIBLIOTECA ESPAÑOLA; coleccion en 8.º, de lujo:
Rodriguez Correa.—Rosas y perros, 1 tomo, 8-10 reales.
Ruiz Aguilera.—La leyenda de Noche-buena, 1 t. 8-9.
A. Luceño.—Esperanzas y recuerdos, 1 t. 8-9.
Romea.—Cosas del mundo, prólogo de Campoamor, 1 t. 8
Espronceda.—Páginas olvidadas, 1 t. 8-10.
Antonio Arnao.—Trovas castellanas, 1 t. 8-10.
Enrique Gil.—Poesías líricas, 1 t. 8-10.
Revilla.—Vida artística de Isidoro Maiquez, 1 t. 8-10.
D. Ramon de la Cruz.—Sainetes escogidos, 3 t. 24-30.
Sanz del Rio.—Cartas inéditas, 1 t. 8-10.
El sitio de Bilbao, por un testigo ocular, 1 t. 8-10.
Olías.—Historia del movimiento obrero en Europa y Amé durante el siglo XIX.—Francia, 1 t. 8-10.
C. Coello.—La mujer propia, leyenda dramática, 1 t. 12-14
— Roque Guinart, drama en tres actos, 1 t. 8-9.

LOS DRAMAS DEL AMOR; coleccion en 8.º, de lujo:
***—Natacha, 1 t. 8-10.

OBRAS DE ALARCON (D. Pedro Antonio):
Cosas que fueron. Un tomo de más de 400 páginas. 16-18.
Poesías sérias y humorísticas, con el retrato del autor y un logo de D. Juan Valera, de la Academia Española.—20.
El amigo de la muerte. Novelas, 1 t. 10-12.
El sombrero de tres picos, un tomo, de lujo, 10-12.

OBRAS COMPLETAS DE RUIZ AGUILERA:
Ecos nacionales y cantares. Un tomo en 8.º mayor de lujo el retrato del autor, 24-28.
Elegías y armonías. Un tomo con el retrato de la niña que piró las elegías, 18-20.
El libro de las sátiras; La Arcadia moderna; Epigramas y l llas; Fábulas y moralejas, 1 t. 18-20.